

Escritos de Karl Oenike sobre sus viajes en Sudamérica¹

Sudamérica. Cuadros y estudios de Karl Oenike²

Durante mi permanencia de tres años y medio en Sudamérica, tuve la oportunidad de recorrer en todas direcciones dos de los países más interesantes de esta parte del mundo: Argentina y Paraguay. La Argentina, con sus inmensas llanuras, limita por un lado con el océano y por el otro, contiguo a Chile, con la Cordillera. Su superficie quintuplica la de Alemania, y su capital, Buenos Aires, situada a orillas del Río de la Plata, cuenta con alrededor de 350 000 habitantes. El Paraguay, en tanto, está limitado en su mayor parte por la selva brasileña y argentina con sus territorios indígenas inexplorados y su capital, Asunción, a orillas del río Paraguay.

Después de una breve estadía en Buenos Aires y un corto viaje a la provincia de Córdoba (la Argentina está dividida en 14 provincias) con la ciudad universitaria del mismo nombre, el profesor Dr. Brackebusch, geólogo de la Universidad de Córdoba, tuvo la amabilidad de invitarme a participar de una expedición que estaba preparando para realizar estudios topográficos y geológicos en la Cordillera. Fue una vida de campamento muy interesante que duró tres meses y medio, durante la cual atravesamos la Cordillera desde San Juan hasta Concha, en la provincia de Salta. Desde el sur, a través de las provincias de San Juan, La Rioja, Catamarca y Salta llegamos al norte argentino, recorriendo regiones en parte desconocidas y casi inaccesibles. Al cabo de grandes fatigas y peligros alcanzamos, afiebrados, nuestra meta.

Después de unos meses, que pasé en Buenos Aires enfermo de malaria, preparé por mi cuenta una pequeña expedición para internarnos des-

¹ Se tradujeron los siete artículos impresos conservados en la familia Liebenthal, publicados en varias revistas de divulgación entre 1894 y 1902. Por ahora no se conocen otros escritos similares del pintor.

² Trad. Beatriz Romero. "Exposición colectiva en Gurlitt 1891", nota a mano en el ejemplar fotografiado del texto, en manos de los herederos Liebenthal. Se debe referir a un catálogo del marchand de cuadros Gurlitt en Berlín. El texto utilizado es una prueba de página con correcciones del mismo pintor, conservado en la Colección Liebenthal en Buenos Aires. La exposición mostraba del autor nada menos que 5 cuadros al óleo, 70 estudios al óleo, 10 acuarelas y dibujos a la pluma, 90 dibujos y 120 fotografías, un total de casi 300 piezas. No se mencionan en la lista algunas obras pictóricas que firmó Oenike, mostrando en dos impresos temas de Pozuzo en Perú y del establecimiento de elaboración de carne en conservas de Kemmerich, en Santa Elena, Provincia de Entre Ríos. Tampoco se refiere a fotos que se conservan entre los materiales de la familia Liebenthal (véase "Vita") sobre la empresa Liebig en Uruguay.

de Concha –punto final de nuestro primer trayecto– al interior de la provincia de Salta, que limita al norte con Bolivia y al este con el Gran Chaco, poblado por tribus indígenas. Al oeste, Salta está separada de Chile por la Cordillera y, al sur, colinda con la provincia de Tucumán. Estas dos provincias argentinas, Tucumán y Salta, son las más encantadoras y variadas en cuanto al paisaje. Las selvas, que se extienden a lo largo de varias millas, alternan con extensos valles fluviales que ascienden serpenteando hasta la Cordillera. Acampando aquí y allá, cazando, alimentándome a menudo solo de papagayos, atravesé varios ríos: Concha, las Piedras, del Pasaje, etc., orientándome siempre en dirección al norte para llegar a Orán. Cuando la estación de lluvias me obligó a dar la vuelta, tuve que atravesar a caballo el río Mojotorro para llegar a la ciudad de Salta a riesgo de morir ahogado, pues había aumentado en gran medida su caudal. Regresé a Concha, afiebrado, después de acampar durante cinco meses, y de allí seguí viaje hacia Buenos Aires.

Más tarde, decidí emprender una excursión a la República del Paraguay. Remonté el Río de la Plata hasta internarme por el Paraná, y proseguí luego por el río Paraguay con sus hermosas márgenes boscosas hasta Asunción. Desde allí, visité la colonia alemana San Bernardino junto al lago Ypacaraí, punto de confluencia de los alemanes. Pude conocer bien al Dr. Jordan, austríaco, que estaba pasando una temporada en el Paraguay realizando estudios en ciencias naturales, y decidimos emprender una pequeña expedición al territorio de los indios guayaquis. Pasamos a caballo por las localidades de Paraguarí, Ibitimí e Itapé hasta llegar a Villa Rica, la segunda ciudad en importancia del Paraguay, atravesando tenebrosos pantanos hasta llegar al pie del cerro Tatuy. Al escalarlo, pasamos delante de algunas chozas indígenas abandonadas hasta tocar el pico de la montaña más alta del país, cubierta de bosque selvático. Debimos avanzar paso a paso, abriéndonos camino hasta llegar a la cima que, por lo que sé, nadie había alcanzado hasta entonces. Dos semanas después, regresamos nuevamente a San Bernardino, llevando a cuestras todo tipo de aventuras y experiencias interesantes. Aun emprendí algunas excursiones cortas y al cabo de cuatro meses de viaje regresé a Buenos Aires.

Más tarde emprendí mi cuarta excursión prolongada, esta vez de tres meses, a Río de Janeiro, capital del Brasil. Impresiona su exuberante vegetación tropical y sus magníficos alrededores a los que pertenece ante todo Tijuca, ubicada sobre una elevación cubierta de un boscoso parque de floresta con la Pedra da Gávea, que brinda una amplia visión sobre el océano y el Corcovado que se alza en el aire con su pico afilado como un gigantesco campanario. Al regresar de Río de Janeiro a Buenos Aires, pasando por Santos, volví a hacer un breve viaje al Paraguay en enero de 1891. De paso emprendí una excursión de pocos días a la isla Paú, pasando por las localidades de Atirá y Tobatí, para recalar por última vez en Buenos Aires en marzo y embarcarme de regreso a Alemania.

Cuadros al óleo

1. Al borde del bosque. Tema de la Provincia de Salta, Argentina.
2. Sensación del alba en la selva. Tema de la Provincia de Salta, Argentina.
3. La sierra de la Gavea cerca de Río de Janeiro, Brasil.
4. Parque en Floresta, cerca de Río de Janeiro, Brasil.
5. Interior del bosque. Tema de la Provincia de Salta, Argentina.

10 acuarelas y dibujos a pluma de las cordilleras argentinas. Expedición Prof. Dr. Brackebusch.

Estudios al óleo

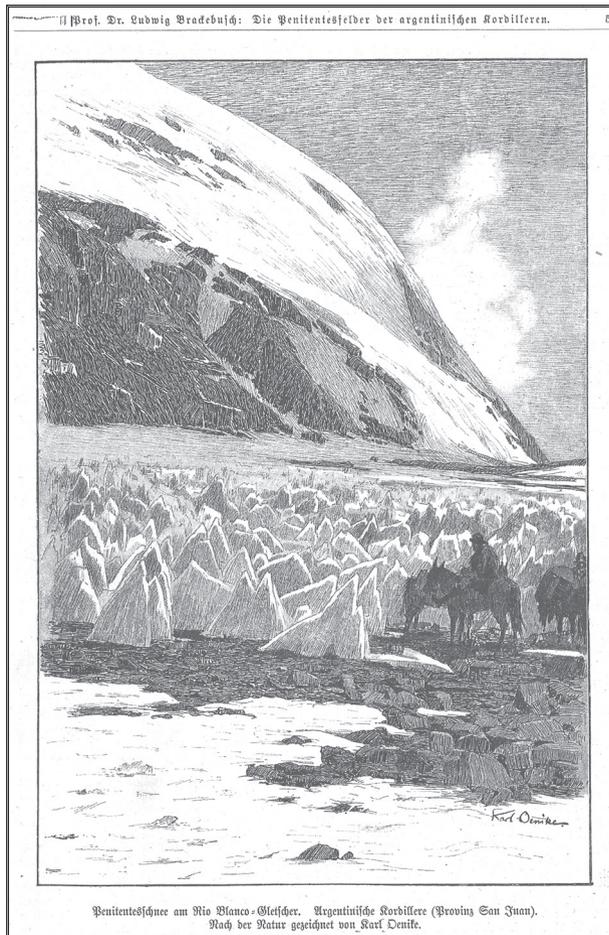
- 1-2. Entorno de Buenos Aires.
- 3-14. De la Provincia de Córdoba, Argentina.
- 15-21. De las cordilleras argentinas. Expedición Prof. Dr. Brackebusch.
- 22-45. De la Provincia de Salta, Argentina.
- 46-54. Colonia San Bernardino, Paraguay.
- 55-70. Entorno de Río de Janeiro, Brasil.

Dibujos

1. Porto santo.
2. Peces voladores.
3. Montevideo.
- 4-8. Entorno de Buenos Aires.
- 9-18. De la Provincia de Córdoba, Argentina.
- 19-46. De las cordilleras argentinas. Expedición Prof. Brackebusch.
- 47-74. De la Provincia de Salta, Argentina.
- 75-85. Paraguay.
- 86-90. Brasil.

Fotografías

- 1-5. Provincia de Córdoba, Argentina.
- 6-34. De las cordilleras argentinas. Expedición Prof. Dr. Brackebusch.
- 35-56. Provincia de Salta, Argentina.
- 57-97. Paraguay.
- 98-120. Brasil.



Los penitentes, San Juan. Expedición con Brackebusch

Esbozos de la Argentina. Memorias de viaje de Karl Oenike³

Entre las repúblicas sudamericanas, la Argentina ocupa un rango destacado en lo que respecta a su superficie, unas cinco veces mayor que la de Alemania y solo superada por el Brasil, tres veces mayor que aquella. Si a pesar de esto no vive en ella más que aproximadamente un habitante por km², ello se debe a que poco menos de la mitad del país está habitada, en tanto que la otra parte abarca los territorios casi totalmente incultos de La Pampa, Patagonia, Tierra del Fuego y el Gran Chaco. De ahí que la densi-

³ Trad. Beatriz Romero. Se editó en la revista *Vom Fels zum Meer* (de la roca al mar) XVI/7 (1897): 269-274, con el título "Skizzen aus Argentinien. Reiseerinnerungen von Karl Oenike".

dad poblacional en las provincias habitadas se acerque a 2,5 habitantes por km². Gran parte del progreso del país se debe a los inmigrantes, en su mayor parte italianos y españoles –éstos en su mayoría vascos–; en segundo lugar a franceses y en menor medida a ingleses y alemanes. Estos últimos, mezclados con suizos y austríacos, prefieren radicarse en las provincias de Santa Fe y Entre Ríos, donde se practica la agricultura y donde establecieron colonias florecientes. En la capital, Buenos Aires, que cuenta con medio millón de habitantes, la fracción alemana está muy bien representada, ante todo por grandes casas de comercio y fábricas. La cohesión y bienestar de dicha colonia están asegurados por instituciones alemanas como clubes, diversos periódicos y colegios alemanes, un hospital, una iglesia alemana y demás. Aunque en Buenos Aires el lenguaje corriente es el español, la mayoría de los extranjeros se expresa en alemán y con igual frecuencia en italiano, francés e inglés. Si bien la metrópoli es marcadamente internacional en este y otros muchos sentidos –y en lo que respecta a medios de transporte, instalaciones y edificios se encuentra a la altura de cualquier otra gran urbe–, todo lo contrario ocurre en las tierras llanas, el *campo*, como lo llaman aquí.

La pampa abarca una superficie de muchas millas y, aunque en la actualidad está poblada en diversos lugares, aún se encuentran extensiones vastísimas en su estado original, de modo que los pocos espacios poblados no hacen más que resaltar la curiosa impresión que provoca este panorama uniforme. Durante días enteros el jinete que atraviesa la *pampa* sobresale como el pico más alto en toda la extensa llanura. A su alrededor, la vista abarca una planicie aparentemente infinita cubierta de pastos que nos llegan hasta las rodillas; el horizonte azulado se pierde a lo lejos y solo espaciadamente encontramos algún manchón de tierra menos tupida. De tanto en tanto rompe la monotonía algún animal salvaje que huye espantado al cruzarse con nosotros: un avestruz, un peludo o las vizcachas –los conejos de las pampas–, que esperan que se ponga el sol para salir de sus cuevas excavadas en la tierra y retozar en grandes grupos durante la noche. De vez en cuando nos topamos con rebaños de ganado pastando y a lo sumo un convoy de *carretas* que avanza a paso lento, hasta que una pequeña laguna interrumpe la llanura y en el horizonte lejano se vislumbra un árbol solitario, un ombú, señal de que nos estamos aproximando a un poblado o al *rancho* de un gaucho.

Los *gauchos* son los habitantes del campo por antonomasia. Son descendientes de los conquistadores españoles y mujeres indígenas. Se dedican principalmente a la cría de ganado y llevan una vida nómada a caballo por las *pampas* argentinas.

Amén de los pueblos ecuestres bárbaros patagones e indios pampa que viven más al sur, el gaucho es el jinete típico de la Argentina, que nunca se separa de su caballo. Recorre a caballo incluso las distancias más cortas y son increíbles las fatigas que un caballo de campo como este logra soportar en vista de la extrema falta de cuidados. No conoce establo ni cuidados como los conocemos en Europa y debe procurarse el sustento en el campo. El orgullo del *gaucho* es su hermosa montura, el freno y las riendas tachonadas de plata y sus potentes espuelas, en lo posible también de plata. A esto se agrega el colorido *poncho*, que consiste en un paño de lana alargado, de trama ajustada, con una abertura en el centro para pasar la cabeza, de

modo que esta llamativa vestimenta le cae en amplios pliegues desde los hombros. El original atuendo se completa con un *chiripá*, también de paño alargado, que ajustan en forma de pañal y cubre sus piernas, y botas de cuero de guanaco o de potro. De la montura cuelgan el *lazo* y las *boleadoras* –sogas de tientos trenzados con sus correspondientes *bolas*–, que constituye el arma más peligrosa del gaucho junto con el poderoso facón, semejante a un sable⁴, que todos llevan calzado en la parte trasera del cinturón. El mobiliario de su vivienda o *rancho*, que no pasa de ser una simple choza, se limita a lo más necesario, ya que el *gaucho* pasa la mayor parte del tiempo al aire libre cuidando el ganado. A pesar de su aspecto marcial, que a menudo se parece al de un bandolero, posee una cortesía innata y una seguridad y desenvoltura en el comportamiento que se manifiesta ante todo en su hospitalidad. Recibe al forastero con las estereotipadas fórmulas de cortesía españolas y al punto circula el *mate*, la bebida nacional semejante al té que se sorbe de una pequeña calabaza ahuecada y decorada por medio de una bombilla o tubo delgado de metal. Si es posible, se prepara luego un *asado* al aire libre. El asador, vale decir, la varilla de hierro con la carne, se clava verticalmente en tierra y cada uno corta de ella la parte de carne que desea. Tanto como esto o aun más disfruta el *gaucho* de las provisiones traídas por su huésped, y al término de la comida puede darse que, acompañándose con la guitarra, improvise un canto en honor a su nuevo amigo, entonando un canto monótono y medio hablado.

Hacia el sur, la pampa propiamente dicha del sudeste argentino colinda con las estepas casi desprovistas de árboles de la llanura patagónica y al norte con el Gran Chaco boscoso, en tanto que al oeste se extiende hasta el pie de la Cordillera. Estas estepas son atravesadas en línea casi recta a lo largo de 1018 kilómetros por el Ferrocarril Pacífico en dirección al oeste. Sale de Buenos Aires y después de unas cuarenta horas de viaje llega a la ciudad de Mendoza, que se localiza casi al pie de la Cordillera. De allí parte la línea de ferrocarril aun sin terminar que llegará a Chile atravesando la Cordillera. Una vez concluida, unirá de manera directa las dos terminales: Buenos Aires junto al Océano Atlántico y Valparaíso junto al Pacífico. En las provincias que se hallan recostadas sobre la Cordillera, la mayor parte de la pampa adquiere fisonomía desértica. A lo largo de la cadena secundaria de los Andes se extienden terrenos secos e inhóspitos con arbustos espinosos a menudo difíciles de atravesar debido a la total falta de agua. Luego, a medida que ascendemos, cambia la vegetación. Entre los matorrales se hallan *algarrobos* bastos y muy ramificados. Más arriba, las laderas están cubiertas de cactáceas columnares en forma de candelabro, y en las quebradas salvajemente románticas crece la *cortadera*, el pasto de la pampa, cuyos tallos graciosos susurran suavemente cuando se los atraviesa a caballo, mientras las blancas panículas florales crecen muy por encima de la cabeza del jinete. Estas curiosas quebradas, cubiertas de espléndidos cortaderales, son particularmente hermosas en las provincias del noroeste.

Durante una expedición geológica dirigida por el profesor Ludwig Brackebusch, la vida de campamento de casi cuatro meses me ofreció

⁴ Se refiere al facón caronero de hoja de espada del noroeste.

la oportunidad de recorrer la Cordillera desde Mendoza al sur hasta Salta al norte, y ascender a la cumbre del Cerro del Fierro, a 5000 metros de altura. Una y otra vez la vista de estas gigantescas y magníficas montañas nos hacía olvidar las mayores fatigas y soportar otras nuevas. La Cordillera se alza en infinita diversidad desde la pampa hasta las cumbres coronadas de nieves eternas. Alternan las formaciones más variadas; entre las más interesantes se hallan los Colorados, areniscas coloradas de las provincias de La Rioja y Catamarca que se yerguen en su potente dimensión y en exuberantes colores que varían de un pálido rojo amarillento a un rojo encarnado. Sus formas prodigiosas nos recuerdan enormes fortalezas y ruinas. Ascendiendo más aun por la Cordillera encontramos, entre una y otra cadena de montañas, mesetas a menudo escasamente cubiertas de vegetación. De a tramos, la vegetación desaparece totalmente. Los desiertos carentes de agua, que se extienden a lo largo de varias millas y sobre los que se levantan tolvaneras y grandes salinas, dificultan gravemente el avance del viajero y hacen olvidar, por su extensión, que estamos entre 3000 a 4000 metros de altura sobre el nivel del mar. Esta altura también marca el límite en que comienzan las nieves eternas, que se insinúan como pequeños manchones cubiertos de nieve. La vegetación cesa por completo y ante nosotros se tienden enormes campos de nieve que ascienden, solo interrumpidos por escarpados planos negros de rocas que sobresalen de la nieve.

Con excepción de zonas aisladas provistas de minas, la cadena principal de la Cordillera está deshabitada. Solo en los desfiladeros nos cruzamos de vez en cuando con grandes manadas de ganado vacuno, que pueden superar las mil cabezas y son llevadas a través de la Cordillera hasta Chile por boyeros que cautivan con su aspecto salvaje y curtido. Más al norte también hallamos los caseríos de los indios *quechua*, que trazaron caminos y regularon en parte los cursos de agua. Junto a sus *ranchos*, muy dispersos y tan ocultos en las quebradas que el extraño solo los descubre por accidente, hay plantaciones de manzanos y maíz que dan testimonio del otrora poderoso reino andino de los incas, que se extendía desde el Perú hasta esta región. Más pobladas están las estribaciones más bajas de la Cordillera en dirección al llano. Allí se encuentran caseríos y pueblos que pueblan las mesetas que penetran profundamente en el interior de las diversas cadenas montañosas de la Cordillera hasta una altura de 1000 a 2000 metros. Suelen ser poblados insignificantes y descuidados, que en parte giran alrededor del quehacer minero y en parte albergan a seres que viven de la cría de ganado y, sobre todo en las provincias más meridionales de Mendoza y San Juan, también cultivan la vid con considerable éxito. Excepto en las más o menos importantes capitales de las provincias del mismo nombre, el movimiento en las demás poblaciones y asentamientos es muy escaso y se depende en lo básico de la hospitalidad de sus habitantes, que se brinda gustosamente al recién llegado. Los llamados hoteles, que en los poblados pequeños son escasos, suelen ser primitivos y habitados a tal punto por todo tipo de huéspedes rastrosos y voladores que es preferible armar la tienda habitual al raso junto al hotel.



Inauguración de mina (del artículo traducido, pág. 273)

La minería cumple un papel fundamental en las provincias mineras cordilleranas y las diversas minas y entibaciones se encuentran esparcidas hasta el nivel de las nieves eternas. En las provincias de Jujuy y La Rioja hallamos excavaciones a 5000 metros de altura. Con pocas excepciones, las minas son de construcción muy rudimentaria, están en parte derruidas y a menudo no son más que las ruinas de algún horno de fundición o yacimientos mineros enteros reducidos a escombros. La principal explotación consiste

en oro, plata y cobre. Antes de la conquista española, estas riquezas en metales preciosos de los Andes ya fueron explotadas por la dinastía inca.

Hoy por hoy, gran cantidad de ruinas, topónimos, expresiones y costumbres nos recuerdan la eminente cultura americana desarrollada por este antiguo pueblo indígena, el más importante de América. Además del culto al sol, que abarca la luna, las estrellas y las fuerzas naturales, adoraban a los héroes culturales [sic] Pachacámac y Viracocha. En la actualidad encontramos reminiscencias de esto en el quehacer de los mineros. Por ejemplo, al producirse el hallazgo de una mina y antes de iniciar las excavaciones, los indígenas colocan una gran piedra blanca de forma redondeada sobre un montón de piedras, que rodean de pequeñas cruces de madera como piedra de ofrenda a la diosa tutelar, la Pachamama. A esto siguen las libaciones, festejos curiosos que terminan cuando todos los comensales están totalmente ebrios, rocían a la Pachamama con la bebida embriagante disponible y escupen encima los restos de coca que han mascado.

Mientras que en las provincias meridionales que bordean la cordillera la vegetación consiste mayormente en bosques secos, en las provincias norteñas de Tucumán, Salta y Jujuy cambia notablemente. Al descender del límite de las nieves eternas, pasamos nuevamente por desiertos de rocalla casi desprovistos de vegetación. Poco a poco esta se vuelve más variada; a nuestros pies se abren quebradas y valles profundos; majestuosos cactus candelabros cubren las pendientes y el terreno se va cubriendo de bosques. Los árboles no son muy altos ni vigorosos; el follaje es poco espeso y la vegetación solo se robustece a medida que se desciende hacia la llanura. Las plantas compuestas y las hierbas alcanzan sorprendente altura y sus penachos de flores sobrepasan largamente nuestras cabezas cuando las atravesamos a caballo. Dejamos atrás el aire puro y fresco de la alta montaña y nos envuelve la atmósfera húmeda y sofocante de la selva virgen. Cedros, laureles y nogales, a menudo de extraordinario tamaño y altura, aparecen entremezclados con *quebrachos* y con *cebiles* cuya corteza es utilizada para curtir; con *tipas*, *lapachos* y muchos otros portentosos árboles forestales. Entre ellos crecen *mirtáceas* de tono verde oscuro, maleza y arbustos tupidos de todo tipo. Las copas de los árboles se entretejen y por los robustos troncos cubiertos de musgo trepan lianas que se descuelgan de las ramas altas y se deslizan hasta el suelo. Las orquídeas y plantas parásitas cubren enteramente la fronda y junto con las trepadoras suelen conformar un manto verde impenetrable. Nos abrimos paso con dificultad por encima de troncos secos caídos y por doquier nos rodea el eterno pulso vital de la selva virgen. Los papagayos, con su verde plumaje tornasolado, vuelan de rama en rama, emitiendo chillidos; los colibríes vuelan de flor en flor, y una sensación de magia nos invade en la época de floración de las plantas trepadoras, cuando guirnaldas de flores violetas, azules, rojas y amarillas que cuelgan de las ramas surcan el bosque. De noche, las luciérnagas pasan volando como estrellas en la oscuridad, entre ellas el gran *tuco-tuco*, que emite una luz verde intensa que se ve a considerable distancia. Estamos sentados en silencio junto a la fogata del campamento y el bosque dormido nos envuelve con su misterio. Una rama podrida cae al suelo y rompe el silencio con un estampido; crujen las ramas al partirse

y nos sobresaltan; echamos ramas secas al fuego que se va extinguiendo y se alzan las llamas iluminando el entorno; los animales de rapiña evitan con recelo el círculo luminoso. Solo una imprecisa sombra oscura, un par de ojos centelleantes que se encienden súbitamente con un brillo fosforescente nos alertan de que el jaguar anda rondando el campamento.

Paisaje de cetáceas en Argentina⁵

Durante mi estadía en Sudamérica, tuve la oportunidad de integrarme a una expedición geológica argentina que atravesó la Cordillera de sur a norte de la Argentina, de Mendoza a Salta. Esta vida de campamento, que duró cuatro meses y fue rica en sucesos e impresiones interesantes, nos hizo olvidar las fatigas y los peligros del viaje al que cada día se agregaban paisajes nuevos y variados. Después de trasponer las cadenas secundarias de los Andes, penetramos en la cadena principal de la Cordillera y comenzamos a ascender a lo largo de paredes de roca escarpadas y precipicios, a menudo por estrechos senderos salvajes, siguiendo la huella de los guanacos.

A 3000 m de altura nos encontramos en la línea de nieve, cesa la vegetación, y una pequeña adesmia subterránea achaparrada llamada “cuerno de cabra”, que crece raquíta entre las piedras como un cojín de musgo, nos provee del último combustible. A partir de allí ya solo nos queda la “turba de la Cordillera”, el estiércol de las manadas de bueyes que se trasladan de la Argentina a Chile y recogimos con esfuerzo en los desfiladeros. Allí vamos, trepando y descendiendo, con el paisaje siempre cambiante ante nuestros ojos. Las elevaciones, escasamente arboladas, alternan con fajas desérticas, masas de roca escarpadas y barrancos inaccesibles con mesetas áridas y pedregosas hasta alcanzar una altura de 5000 m, rodeada de nieves eternas, nuestro punto más elevado, el Cerro del Fierro.

Ahora bien, por interesantes que sean a gran altura las montañas desprovistas de vegetación por lo variado de la capa constitutiva del suelo y la majestuosidad de las moles, el carácter extraño del paisaje es más original a menor altura. Es la región de las cactáceas, que se extienden desde las montañas hacia abajo, hacia el llano. Erguidas una junto a la otra, las altas columnas del *Cereus giganteus*, el cactus columnar con sus ramificaciones semejantes a brazos que se elevan en el aire, conforman un bosque peculiar. Allí se yergue un tronco aislado, una columna recta como una vela sin ramificaciones; a su lado, un grupo de cactus con brazos laterales y brotes esféricos; más allá aparecen otros entre los arbustos más bajos. Comoquiera que se presenten, ofrecen un aspecto original y cautivante. De noche, cuando la luna arroja misteriosamente su luz tenue sobre las figuras fantásticas que se yerguen ante nosotros en toda su rígida quietud, estos grupos con sus brazos tendidos hacia lo alto causan una impresión fantasmagórica. Más de una vez nos entretuvimos en las noches silenciosas encendiendo las espinas largas y descarnadas que rodean el tronco en forma compacta y viendo

⁵ Trad. Beatriz Romero. Publicado en *Illustrierte Welt* 50/26 (1902): 609.

cómo el fuego ascendía velozmente por ellas como si fuesen mechas, para apagarse luego mientras las espinas conservaban un débil resplandor que, al irse extinguiendo, resultaba fascinante. Desde luego, para los indígenas los cactus cumplen mejores funciones, dado que utilizan la madera resistente y tubular como material para sus chozas, entre otras utilidades que les brindan.



Del artículo traducido, pág. 609

El paisaje no es menos atractivo cuando estas elevadas columnas de color verde oscuro con sus renuevos laterales, cuyos ápices brillan en tonos blancuzcos debido a los cuantiosos brotes jóvenes de las espinas, se cubren con cientos de flores de un blanco deslumbrante y, entre ellas, otras especies más pequeñas despliegan sus vistosas flores amarillas y rojas al sol ardiente.

Esbozos del Paraguay⁶

Desde Buenos Aires vapores de río realizan el contacto entre la Argentina y el Paraguay. Con un viaje de seis días de duración en promedio, suben el río llegando a la capital del Paraguay, Asunción. A bordo se desarrolla un vivaz trajín, se guardan maletas y cajas, uno se instala cómodamente en su cabina y se abandona el puerto.

Los techos planos y las cúpulas de Buenos Aires resplandecen bajo el sol del mediodía, hasta que también se pierden en la neblina, y a ambos lados se extiende el infinito y potente Río de la Plata, que reúne en sí las inmensas cantidades de agua del río Paraná, del Paraguay y Uruguay. Como una franja angosta se presenta a la vista la costa uruguaya, y más adelante, pasando la isla Martín García, en otros tiempos estación de cuarentena y cárcel de la Argentina, al caer la noche ya nos encontramos en el río Paraná. Como el viaje es muy accidentado por la cantidad de bancos de arena y de bajíos que cambian todo el tiempo de lugar, en cada vapor se encuentran dos pilotos que tienen la voz de mando por turnos. Pese a su presencia ocurre muchas veces que el vapor se encalla y según las circunstancias permanece bastante tiempo varado en un banco de arena. Al día siguiente se llega a Rosario de Santa Fe, la segunda ciudad comercial argentina después de Buenos Aires, hasta donde también llegan los grandes vapores de ultramar de varias líneas.

Siguiendo el río aguas arriba, pasamos por las colonias agrícolas de la provincia de Santa Fe, que se extienden tierra adentro, en las que de vez en cuando se ve desde el vapor una población en la orilla. Bancos de arena, grandes extensiones de bañados que se alternan con superficies estériles de arena, son característicos en la orilla derecha, mientras que la izquierda [oriental] muestra mayormente orillas altas con empinadas barrancas. Estas llegan a una altura apreciable cerca de Paraná, la capital de la provincia de Entre Ríos. Mirando hacia atrás desde el barco, hay una hermosa vista de la considerable ciudad.

Luego se extiende el campo a ambos lados del río, y de vez en cuando a bordo se ve el magnífico espectáculo de campos en llamas. En una línea muy extendida el fuego se adelanta con gran velocidad, crujiendo y crepitando; las chispas saltan muy para arriba, y masas de humo, iluminadas en rojo, se arrastran por encima de todo en figuras fantásticas. Se escucha nítido el crepitar en el silencio de la noche y se siente el calor de la brasa hasta incluso a bordo del barco iluminado por las llamas. Por lo general estos fuegos se inician intencionalmente, para quemar el pasto alto que se secó, con la finalidad de obtener un crecimiento fresco y jugoso.

Pasando Santa Elena, el magnífico establecimiento de las fábricas de extracto de carne de Kemmerich & Liebig⁷, se llega a la ciudad de Corrientes y poco después a la confluencia de los dos ríos Paraná y Paraguay. Aban-

⁶ Subtítulo: "Con 8 imágenes según dibujos originales, de Karl Oenike". Trad. Regula Rohland Publicado en *Über Land und Meer* 87/14 (1902): 227-229, con el título "Skizzen aus Paraguay". Aquí se han reducido a 2 las ilustraciones.

⁷ Situado en el Paraná, hacia el norte de la provincia de Entre Ríos. Véase sobre esto el artículo "...en los saladeros", aquí pp. 138-145.

donamos ahora el Paraná, que baja en una angosta curva desde el este, y seguimos en la misma dirección anterior, hacia el norte, por el río Paraguay.



Bosque de palmeras. Del artículo traducido, p. 229

De a poco cambia el escenario y comienza el paisaje fluvial característico del Río Paraguay. El viaje impresiona como fantástico en las mañanas, si damos lugar a las impresiones del entorno antes de que comience el día con su barullo y la inquietud de los pasajeros. Casi no se escucha que el barco se desplaza río arriba. Todavía no salió el sol, densos nubarrones de neblina se deslizan en derredor sobre el agua. Acá y allá los delicados velos grises ondulantes se dividen, permitiendo que a través de pequeñas aperturas aparezcan graciosas imágenes, que se vuelven a esconder con la misma presteza detrás de los velos de niebla. Se ven acá unos troncos densamente cubiertos de verdes plantas que caen como en glorieta, allá aparecen lianas de color claro que se entrelazan delante de masas de fo-

llaje oscuras que vierten sombra, y, ya más cerca, ya más lejos, aparecen exóticos grupos de árboles a través de la niebla. Luminosos relámpagos de sol se deslizan por el agua, los rayos pasan a través de la neblina, y debajo nuestro se extiende, liso como un espejo, el agua verdosa. Cada pequeña rama, cada árbol y junco se ven reflejados, la niebla deja sus diminutas gotas colgados de ellos y, envueltas en rocío, aparecen relucientes y con destellos las agradables orillas boscosas del Paraguay. Una vegetación maravillosa y abundante se extiende ahora bajo la clara luz del sol. Palmeras esbeltas y graciosas surgen entre la tupida selva y toda la maraña de plantas trepadoras, los cortinados de follaje junto a los troncos llenos de musgo producen un cuadro de maravilloso esplendor. Con lento aleteo toma vuelo una garza, se elevan aves acuáticas... ha comenzado el día. También en la cubierta comienza el movimiento, y ya detonan por el aire matutino los disparos de los pasajeros ávidos de caza, tan pronto como se muestran los aquí frecuentes cocodrilos o las aves.

Aunque el Paraguay no llega a la dimensión del Paraná, sigue siendo un río que sobrepasa mucho nuestros más grandes ríos alemanes. Su ancho promedio es de entre 600 y 800 metros, en algunos lugares hasta de 1000 a 1500 metros. Cuando hay crecida, el río inunda grandes extensiones de la costa, de modo que las copas de los árboles sobresalen del agua. En la orilla alta de la izquierda [la oriental] pasamos pequeñas e insignificantes poblaciones y las ruinas del que fue el Fuerte Humaitá. Mientras que en la orilla derecha [la occidental], más baja, se encuentran aisladas colonizaciones argentinas del Gran Chaco, de esta zona inmensa e inexplorada en su mayor parte, rica en selvas y en pantanos, que se extiende –desde el Río Salado en Argentina hasta lejos al norte en Bolivia– a unos diez grados de latitud, desde el grado 19 al 29 latitud sur. Son los antiguos cotos de caza de los indígenas, con cuyas tribus los colonos vecinos todavía deben librar guerras con frecuencia.

Cerca de Asunción las barrancas se yerguen cada vez más altas y escarpadas y poco antes de llegar a la ciudad avanza un pintoresco y empinado paredón de roca morada. Y ahora, tan pronto el vapor pasa por este último promontorio, se extiende ante nosotros, luego de seis días de viaje subiendo el río, Asunción, la capital del Paraguay. Situada sobre altas barrancas cerca del río, presenta una vista sorpresiva y bella. Aisladas construcciones monumentales e iglesias se levantan sobre las casas bajas, que constan por regla general de nada más que la planta baja. Entre las construcciones grandes hay que mencionar especialmente la casa de gobierno, un edificio espléndido de piedra arenisca en dimensiones gigantescas, que se ve como un palacio. Ha sido erigido ya bajo la presidencia de López, pero no se terminó, a raíz de la guerra de 1865-1870, y solo fue finalizado en años recientes. El interior de la ciudad, por cierto, debilita mucho esta primera bella impresión de la arquitectura y el paisaje, pero en cambio la vida en la calle es copiosa en detalles interesantes y originales. Aquí se juntan los más fuertes contrastes: la vida europea moderna al lado de la originaria y tradicional de los nativos. Aquí nos encontramos con el más moderno europeo con su levita y sombrero de copa, agitando su pequeño bastón; a su lado marcha un indígena semidesnudo con arco y flecha, un

descendiente venido a menos de la tribu de indios payaguá, que antes dominaba esta zona con su poder. Como tercer elemento se agrega el paraguayo nativo, el campesino, cuya vestimenta confiere a la vida callejera un aspecto característico. Domina en la vestimenta el color blanco, que contrasta llamativamente con el pardo de la piel. Ante todo, las mujeres con sus amplios chales blancos que caen desde la cabeza, impresionan de forma diferente. Se las puede observar perfectamente en el *mercado*, donde hay un colorido y vivaz movimiento durante todo el día. En las mañanas, antes de que comience el día, se acercan descalzas como se usa generalmente, las mujeres del entorno, vestidas de blanco, llevando sobre la cabeza los productos del país: frutas, hortalizas y todo tipo de otras cosas. Una joven compra un trozo de *chipá*, un tipo de pan hecho de harina de maíz o de mandioca, con carne o queso o mezclado con otras cosas. La bella morena abre su paño blanco, introduce la mano en su seno mal cubierto y extrae de allí el dinero de papel hecho un bollo; lo que queda vuelve a meterlo allí y aprovecha la ocasión para extraer del mismo escondite un cigarro liado por ella misma, cuya forma muchas veces es de veras sorprendente. Se enciende el dudoso pitillo y la hermosa sigue viaje, fumando y masticando.

Las afueras de Asunción son ricas en bellezas paisajísticas, con una vegetación exuberante y preciosas vistas panorámicas. Por ello excursiones a pie o a caballo traen una rica cosecha de impresiones y observaciones interesantes. Un punto del paisaje especialmente bello es la “colonia paraguaya para alemanes”, San Bernardino, que está siendo visitada desde Buenos Aires ya hace un tiempo por su excelente clima como balneario de aire puro⁸. Situada a unos 40 kilómetros al este de Asunción en una sierra boscosa, la llamada “Cordillera”, lamentablemente no está unida con Asunción directamente por tren y se llega allí dando vueltas y a veces con dificultad.

San Bernardino se fundó en 1881 por el entonces presidente de la república, el General Bernardino Caballero y tiene su nombre gracias a él. Sería muy largo detallar aquí la historia de la colonia y desde el punto de vista de la colonización no sería una imagen positiva. Ante la falta de mercados para los productos y forzados por las circunstancias económicas desfavorables, los colonos prefirieron aprovechar la ubicación en el paisaje y crear un balneario para los argentinos. Es especialmente idónea para esto la ubicación de la llamada “plaza de la ciudad”, el punto de concentración de la colonia, en un lugar montañoso sobre la costa del Ypacaraí, un lago extenso y bello. Se edificaron chalets de ricos comerciantes, hoteles y balnearios, de modo que este lugar idílico del Paraguay seguirá siendo cada vez más popular. El lago, la laguna Ypacaraí, se extiende por el valle con un largo de unos 20 kilómetros, con 4 a 5 kilómetros de ancho. Con excepción de un solo lugar, en el que el llamado Cerro Colonia baja abruptamente hacia el agua, las orillas bajan planas de los cerros boscosos, y con sus múltiples vueltas y rica vegetación dan un aspecto hermoso. Patos silvestres y aves acuáticas dan vida a las orillas, y en los tupidos mallines se alberga el *carpincho*.

⁸ Balneario de aire: lugar destinado a paseos para pacientes de enfermedades respiratorias, para la población de las grandes ciudades. Ha caído en desuso esta categoría de lugar de descanso en vista de los hábitos más saludables de nuestro tiempo.



Iglesia de Altos. Del artículo traducido, p. 229

Tierra adentro y rápida de alcanzar desde la plaza principal, se encuentra solitaria y muy idílica en la salida de una quebrada, pegada a las onduladas sierras que se yerguen, una cervecería alemana, *la cervecería de Don Pedro*, bien conocida por todos los alemanes del Paraguay. Varios caminos abiertos en el bosque, las *picadas*, siguen el camino que sube hasta Altos, un pequeño poblado campestre con las típicas casas bajas y una plaza libre en el medio junto a la iglesia. En el camino el bosque tupido alterna con claros, que en parte dan abrigo a palmeras o que incluso forman bosques propiamente dichos de palmeras. Las palmeras *pindó* se levantan con sus troncos esbeltos y lisos, entre ellas crecen palmeras de coco *mbocayá*, con su tronco más grueso y pinchudo y los frutos pequeños y redondos, oleaginosos, unidos en racimos como uvas. Es más baja la palmera *yatai* con sus hermosas hojas como plumas, cuyo tronco oscuro no llega a más de dos metros de altura.

Siguiendo el camino hacia Altos pasamos por colonias y por *ranchos*, las viviendas primitivas de los paraguayos nativos. Igual de simple como la construcción, es también el equipamiento de estos *ranchos*. Se reduce a los enseres más imprescindibles de la casa. En gran parte los ranchos están circundados por un "*naranja*". El habitante del campo paraguayo es en extremo modesto y no muy adicto al trabajo. Alrededor de su *ranchito* solo planta lo imprescindible, ante todo *mandioca*, cuya raíz carnosa hace las veces de nuestras papas; un poco de tabaco y quizás un poco de maíz y

algodón para el uso de su propia casa. Bananas y naranjos crecen sin que se tenga que mover.

El vehículo principal en el Paraguay es la *carreta*, ya que los caminos por lo general están en un estado en extremo deficiente y malo, y pasan muchas veces por amplias lagunas. Son obstáculos que solo vence una *carreta* paraguaya. Una *carreta* hecha y derecha está hecha toda de madera, incluso las dos ruedas de más de 2 metros de alto carecen de componentes de hierro. Las paredes laterales, construidas sobre la tosca base de madera, consisten en tres maderos verticales unidos por barras transversales, sobre las que se extiende una piel de vacuno como techo. Hacen falta seis bueyes, atados a distancia en pares, para arrastrar sin accidentes este vehículo a paso lento pero seguro por todos los peligros en el camino. Y mucho tiempo antes de que se lo vea llegar, ya se escucha el chillido y crujido verdaderamente horrendo de todas las partes de madera –una música tan horrible de sonidos quejumbrosos–, que quien una vez escuchó esta sinfonía de la carreta, no la olvidará jamás.

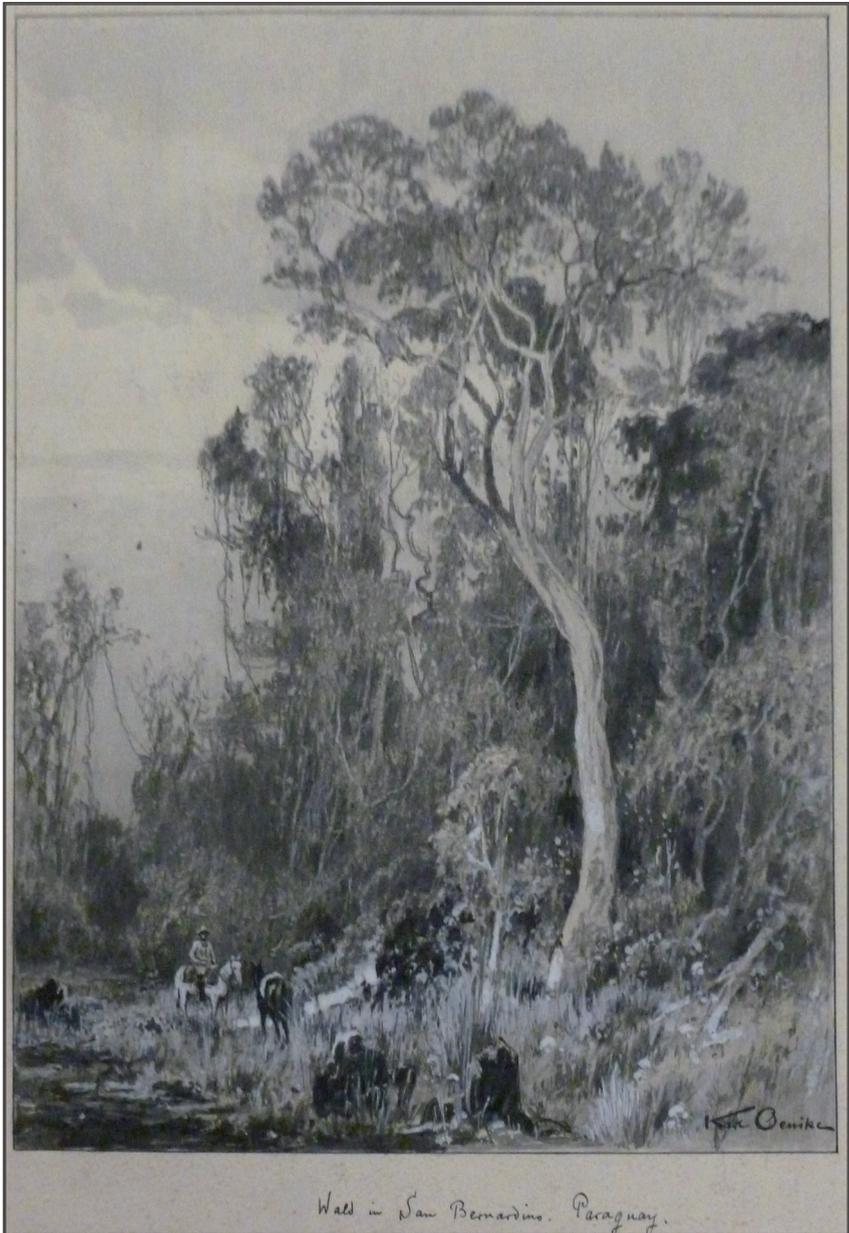
Se sitúan muy dispersos en el país los asentamientos de los colonos, que lamentablemente en su mayor parte no han tenido el rendimiento que se esperaba. Uno de los asentamientos mejor construidos y más cómodos de los alemanes es la *estancia* Isla Pau cerca de Caraguatay, al este de Altos. Pero ser colono es una situación particular en el Paraguay. Necesita de un empeño excepcional y una enorme constancia y, pese a todo, muchos no han logrado encontrar la fortuna que habían esperado; quizás entre ellos, los menos están contentos con su suerte. Si estas circunstancias desfavorables mejorarán en algún momento, es una cuestión difícil de responder. Sería de desear, para ayudar a la colonización de este país, en todo tan bello e interesante.

Una excursión por el Paraguay. Esbozos de viaje de Karl Oenike⁹

Durante mi permanencia de varios años en Sudamérica realicé diversas expediciones y excursiones que me permitieron conocer principalmente la Argentina y el Paraguay. Entre estos dos países, tiene el Paraguay un encanto especial para el viajero. Se debe a la gran cantidad de contrastes muy marcados y coexistentes entre la cultura y civilización europeas, por un lado, y la naturaleza virgen que rodea la vida y el quehacer de los indígenas, por otro. Ya en la capital, Asunción, es esto lo que más nos llama la atención. Llegamos allí desde Buenos Aires, capital de la Argentina, luego de remontar el Río de la Plata, el Paraná y finalmente el Paraguay en un viaje de cinco días en vapor. Espléndidos y monumentales edificios del tiempo de los dictadores López, en parte a medio construir y en ruinas, sobresalen entre las casas de la ciudad en su mayoría bajas y de

⁹ Trad. de Beatriz Romero. Se editó en la revista *Vom Fels zum Meer* (de la roca al mar) XV (1896): 281-286.

estilo típicamente sudamericano, a las que se adosan las casas y ranchos aún más pequeños de los indígenas. El mismo escalonamiento se percibe entre sus habitantes, que desde el elevado peldaño que ocupan los europeos ultramodernos va descendiendo hasta llegar al indígena nativo, armado de arcos y flechas.



Selva en San Bernardino. Dibujo de Oenike, sin fecha

Muchos me comentaron en Asunción que la colonia estatal para alemanes San Bernardino era apropiada para permanencias prolongadas y al mismo tiempo el lugar más hermoso del Paraguay en cuanto al paisaje. La colonia, que se encuentra a unos 40 km. al este de Asunción junto a la laguna Ypacaraí, fue fundada en 1881 por el presidente de la República a la sazón en el poder, general Bernardino Caballero, y bautizada con su nombre. Decidí establecerme allí por algún tiempo y me encomendé al único ferrocarril, bastante primitivo, de que disponía Asunción, que une el interior del territorio aunque imperfectamente con la capital. Las estaciones más cercanas a la colonia son las de Areguá y Tacuaral. De Areguá parte un pequeño vapor que comunica con San Bernardino, que se encuentra del otro lado de la laguna. De la estación Tacuaral, en tanto, se llega a la colonia a caballo, recorriendo el extremo sudoriental de la laguna. Este trayecto es en parte muy malo, dado que requiere atravesar pantanos que en temporadas de lluvias persistentes pueden resultar intransitables incluso para la carreta de bueyes local, cuyas ruedas sobrepasan la altura de un hombre.

La población de San Bernardino consiste de su mayor parte en alemanes y suizos, cuyos establecimientos están a gran distancia unos de otros. Esparcidos entre ellos se encuentran los ranchos indígenas. El punto central de la colonia lo constituye la llamada plaza municipal, junto a la laguna, donde se asientan las oficinas públicas del director de la colonia, el correo y demás. Una buena hostería, algunas lindas casitas de trabajadores manuales y otros colonos, un par de boliches y algunas mansiones encantadoras situadas a cierta altura, que pertenecen a comerciantes adinerados de Asunción, se combinan para ofrecer un cuadro de conjunto de gran atractivo. La laguna Ypacaraí se despliega en el valle ante nosotros, abarcando una extensión de aproximadamente 20 km de largo por 4 a 5 de ancho. Las orillas, cubiertas parcialmente con bosques y grupos de árboles altos y palmeras, se elevan de a poco formando las primeras colinas que finalmente desembocan en una sierra, la Cordillera de Altos.

El punto más atractivo de la Colonia es para todos los alemanes de allá la "*Bierschlucht*", conocida en todo Paraguay. Circundada de montañas con la más exuberante vegetación, se sitúa, olvidada del mundo e idílica, en la salida de una quebrada selvática muy romántica una pequeña fábrica de cerveza alemana. Pertenece a Peter Herken, procedente de la zona del Rin. Se desarrolló a partir de comienzos muy modestos, primitivos –don Pedro fue uno de los primeros colonos de San Bernardino–. En el lugar antes despoblado se eleva hoy una hermosa fábrica de cerveza de carácter alemán, la cervecera Bierschlucht. Aquí, en medio de una naturaleza maravillosa, había abierto mi cuartel general, y paseaba a pie o a caballo, pintando y cazando el entorno más lejano.

Durante la estadía había conocido en San Bernardino a un joven viajero austríaco, el doctor Paul Jordan. Realizaba una estadía de un año en el Paraguay con la finalidad de estudiar la naturaleza y ya había realizado varios viajes por el país, que lo habían llevado, entre otros destinos, a la zona de los indios Guayaquí y hasta el Cerro Tatuy, pero había debido desistir de subir el cerro por el clima adverso. Ahora, luego de haber tenido durante

varias semanas un clima seco, el Dr. Jordan decidió realizar su segunda expedición hacia allá, y acepté con entusiasmo su invitación de unirme al trayecto.

Ya que debíamos tomar el camino por Paraguairí e Ibitimí, entonces la última estación del tren, enviamos los caballos por delante, para cabalgar nosotros mismos el próximo día a Tacuaral y viajar desde allí a Ibitimí con el tren. Desde Tacuaral el tren corre por el valle extendido del río Pirayú, bordeado en ambos lados por elevaciones, y pasamos el poblado Pirayú hasta Paraguairí, donde se estrecha el valle y queda encerrado entre las dos montañas cerro Hu y cerro Santo Tomás, que resaltan por su apariencia grotesca. Tardamos dos horas en recorrer esta distancia de alrededor de 25 km y dispusimos luego de más de dos horas para recorrer sin apuro la pequeña ciudad de Paraguairí.

Paraguairí es una de las localidades más importantes y pobladas de la región, pero posee la misma arquitectura característica de las ciudades paraguayas: casas muy bajas provistas de ventanas enrejadas y, en medio de ellas, ranchos con galerías abiertas y calles sin empedrar, en parte cubiertas enteramente de pasto. Las calles principales desembocan en plazas amplias también cubiertas de pasto, con un mercado y una hermosa iglesia en el centro y diversas casas bastante distinguidas a los costados.

A la tarde llegamos a la estación terminal Ibitimí, un pequeño pueblo típicamente paraguayo. Nuestros caballos no llegaron sino al atardecer. A la mañana siguiente, nos pusimos en marcha y atravesamos vastas extensiones de campo abierto, salpicado aquí y allá por palmeras, grupos de árboles y trechos boscosos. En Casa Blanca, su propiedad en Archar-cué, visitamos al Dr. Mevert, conocido por su libro *Ein Jahr zu Pferde*¹⁰ (Un año a caballo), donde promociona la emigración al Paraguay. Fuimos acogidos con gran cordialidad y pasamos algunas horas conversando amablemente. Al atardecer, luego de cruzar a caballo el río Tebicuarí sin mayores dificultades, llegamos a la localidad de Itapé, donde pasamos la noche. Desde este río, el terreno asciende considerablemente y remata en una cadena serrana que se vuelve cada vez más accidentada y desolada a partir de Villa Rica, hasta que divisamos la ciudad misma situada a cierta altura rodeada de naranjos, donde fuimos recibidos con hospitalidad excepcional por el Sr. Köhler, un austríaco que es el comerciante más importante y respetado del lugar.

Villa Rica, la segunda ciudad paraguaya por su tamaño, es la capital del tabaco, donde se elaboran cigarros y cigarrillos de muy buena calidad. Ya en Casa Blanca, el Dr. Mevert nos había convidado diversas muestras de cigarros realmente excelentes, elaborados con el tabaco que él mismo cultiva. Por supuesto el paraguayo nativo, que suele cultivar el tabaco para consumo propio, fabrica sus cigarros de la manera más sencilla. Las hojas frescas, atadas en haces, se cuelgan en hileras sobre cuerdas y se ponen a secar al sol sobre un armazón de madera. Luego se van retirando las hojas necesarias, se enrollan sobre el muslo con la palma de la mano y ya está listo el cigarro.

¹⁰ Referencia al libro Ernst Mevert, *Ein Jahr zu Pferde, Reisen in Paraguay und Reisebriefe aus Paraguay* (Cartas de viaje desde el Paraguay). Wandsbeck: A Mencke, 1883.

Muy temprano al día siguiente, después de pernoctar en Villa Rica, cabalgamos con un tiempo espléndido al encuentro de nuestro destino. En la lejanía se elevaba ante nosotros una extensa cadena de montañas, la Cordillera de Villa Rica. A medida que nos acercábamos iba empeorando el camino. A cada paso los caballos se hundían en el barro y el pantano, solo interrumpido aquí y allá por franjas de agua titilante. Quedamos encerrados, sin posibilidad de salir. Por suerte encontramos a dos jinetes paraguayos que nos acompañaron un trecho y nos volvieron al camino, también bastante pantanoso. Una vez allí se mostraron curiosos por saber de dónde veníamos y a dónde nos dirigíamos. Nos contaron todo tipo de historias de asaltantes, cuyos protagonistas eran los legendarios indígenas guayaquíes, que invariablemente culminaban en que probablemente los diminutos guayaquíes nos apresarían a nosotros antes que nosotros a ellos. Más tarde, otros nativos nos contaron historias de indios que giraban en torno a fantasmas y tesoros enterrados y nos recordaban nuestros cuentos infantiles de enanos. Aparentemente, la región del cerro Tatuy inspiraba gran temor a esta gente. Nuestros dos acompañantes se despidieron y hacia el mediodía llegamos a un pequeño arroyo, el Yacá-mí, donde hicimos un alto junto al linde de un hermoso bosque, para dejar que los caballos se repusieran y pastaran a la sombra de los mirtos y laureles. Luego de dos horas de descanso retomamos la marcha y nos encontramos una vez más en los inevitables pantanos. Fue una cabalgata espantosa: el suelo era un barro viscoso que se pegaba a las patas de los caballos. Alternaba con terrones de hierba altos y compactos, donde los animales se afirmaban por un instante con sus patas delanteras mientras las traseras quedaban hundidas en el barro. Al dar el paso siguiente sucedía lo contrario, aunque también hubo momentos en que estuvimos hundidos en el barro hasta la montura. Teníamos para elegir. Pudimos recorrer un corto trecho a través de un hermoso bosque con árboles grandes y robustos cubiertos de plantas trepadoras, para perdernos al instante de nuevo en el pantano. Por fin encontramos el camino indicado; a la tarde cruzamos un pequeño arroyo, el Yacá-guazú, y al anochecer llegamos al potrero Concepción, donde pasamos la noche en un rancho.

A primera hora de la mañana siguiente tuvimos la oportunidad poco habitual de contemplar toda la tierra cubierta de rocío, que se disipó apenas asomó el sol. Mientras tomábamos nuestro mate, como es costumbre aquí, contemplábamos a lo lejos la cumbre del cerro Tatuy. Nuestra principal preocupación era encontrar a nativos que nos hicieran de baqueanos en el bosque, abrieran picadas, etc., y los hallamos en los tres hermanos Ramírez, que vivían en un rancho cercano y ya habían acompañado al doctor Jordan en su primera gira. Se repitió la cabalgata extremadamente ardua del día anterior a través de campos abiertos, potreros pantanosos y, por momentos, espléndidas fajas de tierra selvática, que debimos recorrer a pie llevando a los caballos por la brida. Los baqueanos, que hacían punta, nos abrían paso a machetazos entre las plantas trepadoras y el denso ramaje con increíble rapidez y seguridad.

Después de atravesar cerca de tres fajas selváticas llegamos a un potrero, a un costado del cual se hallaba una pequeña choza de indios aban-

donada, donde acampamos. Nos encontrábamos directamente al pie del cerro Tatuy. Al rato, un fuego vivo llameaba delante de la choza medio destruida pegada al linde del bosque y confeccionada de modo primitivo con troncos finos, ramas y pasto seco. Junto a nosotros pastaban los caballos en un potrero de espléndido pastizal circundado por la selva. Habíamos llegado en horas tempranas de la tarde y me dio tiempo de hacer un bosquejo del cerro Tatuy, que se elevaba frente a nosotros. La tarea se me hizo sumamente difícil debido a los tábanos. Era casi inconcebible la forma en que nos acosaban. Cada picadura se transformaba en una pequeña ampolla de sangre y no pasó mucho tiempo antes de que tuviéramos las caras y manos cubiertas e hinchadas. También los caballos se revolcaban en el pasto, exasperados. Nos costó soportar este tormento con la calma necesaria.

Luego, el ambiente romántico volvió al campamento y nos envolvió una profunda paz. El crepúsculo se tendía sobre el potrero como un silencioso lago verdinegro rodeado por las avanzadas del denso bosque selvático, que se perdía en una oscura sombra de azul difuso. Más allá se elevaba la cumbre boscosa del legendario cerro Tatuy en toda su potencia y lobreguez. Sentados alrededor del fuego, intercambiábamos opiniones sobre la forma en que escalaríamos el pico más alto al día siguiente. Las sombras empezaron a envolvernos y se desvaneció el resplandor dorado del cielo. Cuando la noche teje sus velos perfumados en el atardecer; cuando la luna esparce su luz relumbrante sobre las lianas y el fuego del campamento arde tenuemente iluminando los viejos troncos fantasmales, callamos ante el encanto sugestivo que ofrece la soledad de la selva. Como chispas de verde luminosidad saltan las luciérnagas, jugando como en sueños a la luz de la luna. De a poco se extingue el fuego y la selva empieza a tejer su trama encantada.

Siguió una hermosa mañana soleada y nos dispusimos a emprender la escalada. Uno de los nativos quedó en el rancho para cuidar del equipaje y los caballos que debimos dejar atrás, y solo provistos de algunas mantas de lana enrolladas para pasar la noche, algunas provisiones y botellas de mate frío, el rifle al hombro, emprendimos nuestro viaje.

Los dos paraguayos que encabezaban la marcha avanzaban lentamente por el bosque tupido, utilizando con habilidad sus machetones; nosotros los seguíamos paso a paso en fila india a través de la maraña de plantas trepadoras y matorrales. Traspusimos un arroyo profundo que nos cortaba el paso, avanzando sobre un tronco delgado que hacharon en un abrir y cerrar de ojos y pasamos sobre otro, que vino rodando a nuestro encuentro junto con bloques de piedra y cantos rodados. Poco después nos cruzamos en medio del bosque con un campamento de forma redondeada y gran tamaño abandonado por los indios, donde solo quedaban esparcidos algunos troncos y ramas medio carbonizadas. Continuamos subiendo a través del bosque intrincado y los altos bambúes y llegamos así a un pequeño arroyo pedregoso –el tercero que vadeábamos–, donde nos detuvimos a descansar un rato y refrescarnos con su agua deliciosa. El ascenso se volvía cada vez más empinado y difícil. De improviso se alzó frente a nosotros una peña escarpada como un muro vertical de unos 8 m de altura. Parecía imposible de escalar y rodeaba en gran medida la montaña. Luego de deliberar breve-

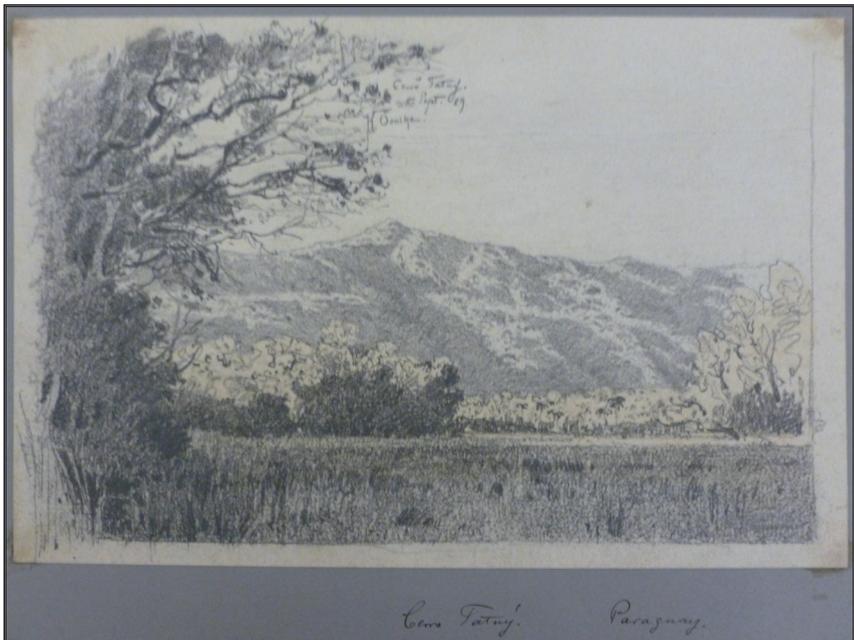
mente, intentamos darle la vuelta por el lado oeste y nos dimos con una estrecha grieta en la roca, que uno de los paraguayos logró escalar, descalzo. Luego izó nuestros rifles y demás pertenencias por medio de lianas y poco después también nosotros logramos vencer este obstáculo sin percances. En una hora y media de esforzada caminata trepamos la última cuesta, escarpada y pedregosa, que nos permitió vislumbrar el panorama que yacía a nuestros pies. Por fin llegamos a la cumbre más elevada del cerro Tatuy.

Hacia un lado, de sudeste a sudoeste, apareció en toda su amplitud una planicie tenue y perfumada que se desplegaba a la luz del sol resplandeciente. En las profundidades divisábamos los lindes del bosque y nuestro potrero, que se destacaba por su succulento verdor. A su lado se enlazaban pantanos, trechos llanos y más potreros; entre ellos, como islas, largas extensiones de bosques. Hasta donde alcanzaba la vista veíamos un potrero al lado del otro cubriendo una superficie apenas ondulada aquí y allá, hasta que en la azulada lejanía una cordillera de pareja elevación enmarcaba la planicie. Hacia el sudeste el bosque se tendía hasta el infinito y por los otros costados un tenue azul brillaba a través de los árboles y arbustos enmarañados que nos impedían la visión. La medición barométrica de altura que realizó el Dr. Jordan dio 695 m.

Después de descansar durante una hora comenzamos el descenso y llegamos a un hermoso arroyo rocoso a última hora de la tarde, castigados por el calor, la sed y las picaduras de avispa. Después de beber abundante agua decidimos acampar allí. No tardamos en encontrar un lugar adecuado, encendimos una fogata y, satisfechos con nuestro éxito, nos envolvimos en nuestras mantas y pasamos una noche más en el bosque selvático. Partimos al alba y a la mañana siguiente alcanzamos sanos y salvos nuestra choza india, para alegría del paraguayo que había quedado allí, temiendo no ver más a sus hermanos ni a nosotros.

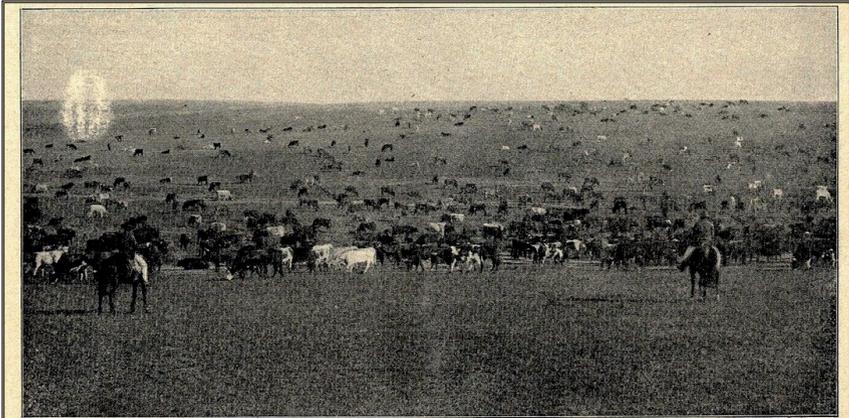
No nos demoramos en el campamento y al poco tiempo volvimos a emprender otra excursión en dirección al este, internándonos en la selva. En su primera excursión, el Dr. Jordan había descubierto algunas chozas que probablemente habían pertenecido a indios guayaquíes y las queríamos volver a ver. En el denso y salvaje bosque, en parte pantanoso y cubierto de musgo, fabricamos un puente con troncos para atravesar algunos arroyos. Allí descubrimos diversas huellas, entre ellas de jaguar, pero por desgracia ninguna de indio. Después de penetrar con dificultad en el bosque, lo cual nos llevó unas tres horas, llegamos al campamento abandonado por los indios, que constaba de dos chozas confeccionadas de manera sumamente primitiva. Su altura no pasaba de 1,20 m. En el emplazamiento de una antigua fogata encontramos gran cantidad de conchas cascadas de caracol y diversos huesos de animales salvajes de pequeño porte, como monos, quirquinchos y demás, lo que nos llevó a suponer que los habitantes del lugar no serían muy selectivos en la composición de su menú. Por otros objetos de mayor o menor interés etnográfico, como también por las superficies de corte en los árboles, etc., concluimos que deben hallarse a un nivel cultural más bajo, siguen utilizando herramientas de piedra y probablemente sean de baja estatura.

Haciendo el menor ruido posible y observando cuidadosamente el entorno, avanzamos por el interior del bosque hacia el sudeste. Junto a las chozas y en los alrededores encontramos palmeras taladas cuyos troncos estaban ahuecados en diversos lugares en forma de bateas de unos 50 cm. Nuestros guías sostenían que los indios extraían de ellas los “gusanos” que viven en la pulpa de la palmera y consideraban un manjar. También es comestible la pulpa misma. Los tajos estaban aún frescos; la madera se veía rosácea y húmeda, por lo que supusimos que las palmeras habían sido taladas pocos días antes o incluso el día anterior. A pesar de los claros indicios de que había indios en las inmediaciones y de que pusimos toda nuestra atención en detectarlos, no pudimos ver a ninguno. Es probable que se hubieran percatado de nuestra presencia el día anterior, internándose en el bosque. Tampoco el suelo exuberante y enmarañado nos permitió descubrir huellas de pisadas, por lo que habría sido inútil tratar de rastrearlos. Una vez más, maltrechos por las picaduras de los mosquitos, pasamos la última noche en la choza india junto al potrero y regresamos al día siguiente a Villa Rica por otro camino, tan malo y pantanoso como el anterior, pasando por el poblado Capilla Borja. De allí regresamos por el camino conocido, luego de doce días de ausencia, a nuestra acogedora guarida cervecera.



Cerro Tatuy, por Oenike

En las pampas de Sudamérica¹¹



Weidende Rinderherden in dem Freistaat Uruguay.
Photographische Momentaufnahme.

Auf den Pampas von Südamerika.

Hierzu 8 photographische Aufnahmen.

Unzertrennlich wie das Gulasch und der Csifos von der ungarischen Puszta, wie der Cowboy von den Prärien im „Wilden Westen“ ist der Gaucho von seinen Pampas, den unermesslichen, grasbewachsenen Ebenen der Caplatastaaten Südamerikas. Der Gaucho betrachtet sich als Spanier. Er besitzt auch den Stolz des echten Hidalgo, in Wahrheit aber ist er ein Mischling, in dessen Adern mehr indianisches als spanisches Blut fließt. Und wie seine kupferfarbenen Ahnen mütterlicherseits, so liebt auch er die Freiheit über alles. Gleich dem Beduinen der afrikanischen Wüste jagt er auf wilden Rossen durch die endlosen Planos.

Recht malerisch ist die Tracht der Pampasritzen. Ein grobes Hemd, weite Molesfirthosen, eine helle Jacke und darüber der bunte, wollene

Poncho, ein großes, viereckiges, gestreiftes, auch kariertes Stück Zeug mit einem Loch in der Mitte, durch das der Kopf gesteckt wird. Langschäftige Stiefel, ein breitkrempiger Panama oder ein Schlapphut aus schwarzem

Filz und ein rotgemustertes Halstuch vervollständigen das etwas seltsame Kostüm, zu dem nur die Wildnis die geeignete Staffage bildet. Die Waffen oder das Handwerkzeug des zum Büffel- und Pferdefang ausgehrittenen Gaucho (Abb. S. 1795) besteht in dem aus ungegerbter Haut geflochtenen Lasso, dem 55 Zentimeter langen Messer, das in lederner Scheide am Gürtel getragen wird, und den Volas, zwei eisernen Äugeln, die an den Enden eines langen Riemens befestigt sind. Der Jäger wirbelt den Volasriemen einigemal in der Luft herum und



Südamerikanischer Gaucho mit seinem Söhnchen zu Pferde.
Photographische Aufnahme.

¹¹ Trad. Regula Rohland. No encontramos la revista en cuyo número 41: 1793-97 se publicó sin que constara una fecha este artículo. Fue conservado por familiares del pintor entre sus papeles, por lo que es de suponer que el texto o las fotos o ambas cosas son de su autoría. Se agradece a Adriana Ortea, que ayudó en la traducción. No transcribimos las remisiones a imágenes en el artículo.

/1793/ Inseparable, como el goulash y el Czikós (pastor de caballos) de la Puszta¹² húngara, como el cowboy de las praderas del “Salvaje Oeste”, es el gaucho de sus pampas, las llanuras inmensas cubiertas de pasto de los estados del Plata en América del Sud. El gaucho se considera a sí mismo un español. Y de veras posee el orgullo del auténtico hidalgo, pero en realidad es un mestizo en cuyas venas corre más sangre indígena que española. E igual que sus ancestros maternos de piel cobriza, también él ama más que todo la libertad. Similar al beduino en el desierto africano se desplaza rápidamente por las infinitas llanuras.

Es bien pintoresca la vestimenta de los gauchos de la pampa. Una burda camisa, amplios pantalones de tela moleskine¹³, un saco de color claro y encima el *poncho* de lana de color, una tela grande cuadrangular, rayada o en cuadros, con una apertura en el medio por la que se pasa la cabeza. Botas de manga alta, un sombrero Panamá de ala ancha o de fieltro negro y un pañuelo entretejido con rojo completan el traje medio curioso, para el que solo el campo agreste es un entorno conveniente. Las armas o las herramientas del gaucho armado para capturar vacunos o caballos consiste en el lazo, trenzado de cuero sin curtir, en el cuchillo de 33 centímetros de largo, colocado en el cinto, y las dos *bolas* de hierro sujetadas en los cabos de un largo cordón. El gaucho agita la boleadora varias veces por el aire y luego la lanza

¹² Puszta se llama la llanura esteparia, típica de las tierras planas de Hungría.

¹³ Tipo de tela gruesa y fuerte.

schleudert ihn dann gegen die Hinterbeine des verfolgten Tieres, das sich darin verwickelt und zu Boden stürzt.

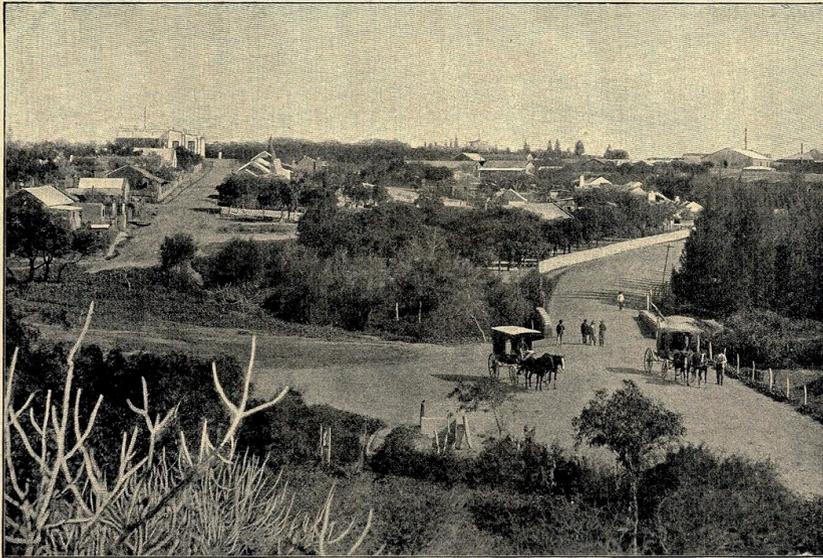
Die Lebensbedürfnisse der Gauchos sind ungemein bescheiden. Sie wohnen in Erdhütten oder in niedrigen Behausungen, die aus Baumstämmen roh zusammengegerimert sind (Abb. S. 1796). Mit Gleichmut ertragen sie die größten Entbehrungen und Beschwerden. Es macht ihnen nichts aus, nach Tausenden zählende, verworrene Massen eben eingefangener Kinder und Pferde Tage und Nächte hindurch 500 Kilometer weit zu treiben. Ohne zu murren, kampieren die abgehärteten Burschen, wenn es sein muß, wochenlang auf freiem Feld und nehmen mit der einfachsten Nahrung vorlieb, nur Fußtouren darf man nicht von ihnen verlangen. Der Pampashirt macht lieber einen Umweg von zwanzig Meilen zu Pferde als eine halbe Meile zu Fuß. Im Sattel zeigt er sich kühn und gewandt wie kein anderer Reiter auf dem Erdennrund, ohne sein Roß aber ist er



Frühstückspause der Gauchos.
Photographische Aufnahme.

fast so unbeholfen wie ein Kind, das eben erst gehen gelernt hat. Mit dem wunderbaren Orientierungsvermögen und den scharfen Sinnen der Rothäute ausgestattet, wissen sich die Gauchos in den unermesslichen, einförmigen Ebenen selbst zur Nachtzeit zurechtzufinden. Den Besitzern der großen Estancias, den Gütern, auf denen ausschließlich Viehzucht getrieben wird, sind diese Söhne der Wildnis unentbehrlich. Sie stehen auch meist im Dienst der Estancieros, nur wenige haben ihre eigenen kleinen Viehzütereien.

Im Departement Rio Negro, am linken (östlichen) Ufer des Uruguay, da, wo der Strom die Breite von 11 bis 16 Kilometer erreicht, liegt in malerischer Umgebung das ungefähr 5000 Einwohner zählende Städtchen Fray Bentos, auch Independencia genannt. Der kleine Ort ist der zweitwichtigste Hafen der Republik Uruguay. Geradezu Berühmtheit erlangt hat Fray Bentos durch die 1865 von dem Hamburger Ingenieur Giebert gegründete Anstalt, in der nach dem Rezept des großen Chemikers



Blick auf das Städtchen Fray Bentos am linken Ufer des Uruguay (östliche Seite).
Photographische Aufnahme.

/1794/ hacia las patas traseras del animal que persigue, que se trenza en ella y cae al piso.

Las exigencias de los *gauchos* son por demás modestas. Viven en ranchos de barro o en casas bajas construidas burdamente de troncos de árboles. Soportan estoicamente las mayores privaciones. No les importa guiar masas sin orden, de miles de cabezas de vacunos o caballos, de día y noche por distancias de 300 kilómetros. Sin quejarse, estos curtidos hombres acampan, si es preciso durante semanas, en medio del campo y se conforman con la comida más simple. Solo no se les debe pedir que caminen a pie. El gaucho prefiere hacer un desvío de veinte leguas a caballo antes que caminar media legua a pie. A caballo es valiente y diestro, más que ningún otro hombre a caballo en todo el globo, pero si le falta para montar es casi tan torpe como un niño que recién aprende a caminar. Dotado con el maravilloso sentido de orientación y el agudo sentido de los indios, los *gauchos* se orientan en las planicies inmensas y uniformes hasta en medio de la noche. Para los dueños de las grandes *estancias*, en los dominios en los que solamente se cría ganado, estos hijos de la salvaje naturaleza son imprescindibles. Y la mayoría de ellos está al servicio de los *estancieros*, solo unos pocos poseen sus propios pequeños campos de cría.

En el departamento Río Negro, en la orilla izquierda (oriental) del Uruguay, en el lugar donde el río tiene un ancho de entre 11 y 16 kilómetros, se encuentra en un entorno pintoresco la pequeña ciudad de Fray Bentos, por otro nombre Villa Independencia, que cuenta con unos 5000 habitantes. El pequeño lugar es el segundo puerto en importancia de la República del Uruguay. Fray Bentos llegó a ser por así decir famosa por la empresa fundada en 1863 por el ingeniero Giebert, procedente de Hamburgo, en la que se fabrica según la receta del gran químico

Justus von Liebig der unter dem Namen des Gelehrten in den Handel gebrachte bekannte Fleischextrakt fabrikmäßig hergestellt wird. Außer den Schlachthäusern und den ausgedehnten Räumen, in denen man das Fleisch verarbeitet, umfassen die Etablissements auf einem Areal von ungefähr 2630 Hektar riesige Hallen für die Häuteabteilung, eine sogenannte Graseria mit 14 Holzdruckdämpfern zur Gewinnung von Talg (jeder Apparat ist für 20 000 Kilo berechnet), ein Zentrifugenhaus, Knochen- und Blutmehlmühlen, eine Speisefettfabrik, eine Darmwäscherei, Konservenfabriken für Zungen, Corned Beef und ähnliche Präparate, Werkstätten zum Anfertigen sowie Verlöten der Blechbüchsen, eine Eisengießerei, eine Schmiede und eine Tischlerei. Die Ansiedlung ist in der That eine kleine Stadt für sich. Da sieht man neben den Bureaugebäuden die hellgestrichenen Häuschen der verheirateten Angestellten und das malerisch gelegene Klub- und Wohnhaus der noch ledigen Beamten, denen ein herr-

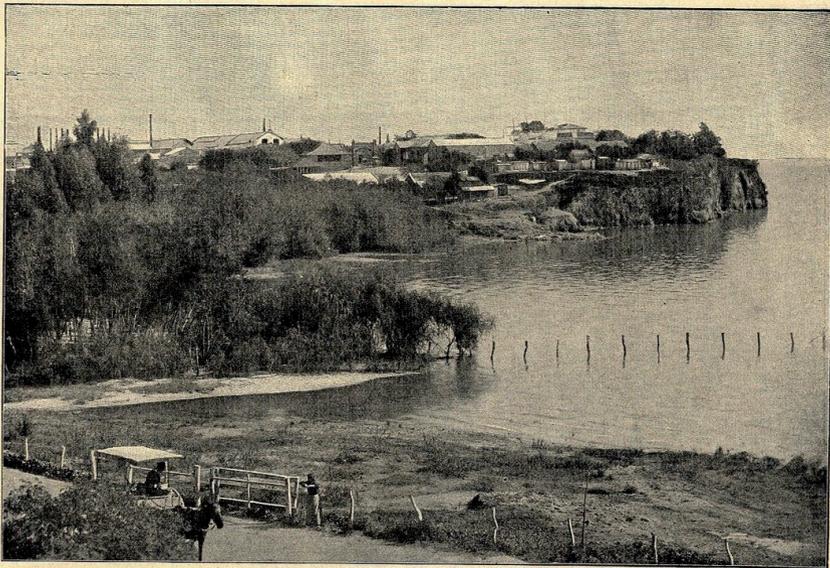


Gaücho mit Lasso.
Photographische Aufnahme.

licher Garten, Lesezimmer und Billardstühle zur Verfügung stehen. Ferner gehört zu dem umfangreichen Komplex eine eigene Schule, eine Bibliothek, ein auf einer Anhöhe erbautes Spital, das ein deutscher Arzt leitet, und schließlich die Kolonie der bei dem Riesenunternehmen thätigen Gauchos.

Auf den angrenzenden ungeheuren Grasflächen von fast 200 000 Hektar weiden oft mehrere 100 000 Rinder, die von den Gauchos beaufsichtigt und nach und nach geschlachtet werden müssen. Da nun in manchen Monaten täglich 3000 Tiere in das Schlachthaus wandern, würde der Vorrat bald erschöpft sein, wenn die Troperos (Viehkäufer) nicht beständig in den La-platastaaten umherreisen und aus dem Viehreichtum dieser Landstriche die schönsten Rinder aufkaufen.

Der Transport einer zahlreichen Rinderherde ist durchaus nicht so leicht. Unermüdlich müssen die Gauchos auf ihren Pferden die Herde umtreiben, damit nicht einige hundert Stück unterwegs verloren gehn. Auf den eigenen Weideplätzen



Blick auf das Städtchen Fray Bentos am linken Ufer des Uruguay (wertliche Seite).
Photographische Aufnahme.

/1795/ Justus von Liebig el extracto de carne que se comercializa con el nombre de este erudito. Además de los mataderos y extensos galpones en los que se procesa la carne, el establecimiento comprende, en un área de 2640 hectáreas, enormes recintos para la sección de cueros, la llamada *grasería* con 14 amortiguadores de presión de madera, para fabricar sebo (cada aparato está diseñado para 20.000 kilogramos), la casa de las centrifugas, los molinos de huesos y de harina de sangre, la fábrica de grasa comestible, el lavadero de intestinos, la fábrica de conservas de lengua, corned beef y productos similares, talleres para fabricar y para cerrar las latas, la fundición de hierro, la herrería y la carpintería. El establecimiento es de veras una pequeña ciudad autosuficiente. Al lado de los edificios de oficina se pueden ver las casitas pintadas de color claro de los empleados casados y, situados en un lugar pintoresco, el pabellón del club y la vivienda de los empleados solteros, que tienen a disposición un precioso jardín, salones de lectura y de billard. Además el gran complejo contiene la escuela propia, la biblioteca, un hospital edificado en un lugar alto, dirigido por un médico alemán, y finalmente la colonia de los *gauchos* ocupados en el enorme emprendimiento.

En las inmensas praderas vecinas de casi 200.000 hectáreas están pastando a menudo unos 100.000 vacunos, que deben ser cuidados por los *gauchos* y se carnean por turno. Como por día entran unos 3.000 animales al matadero durante los meses de faena, las existencias se acabarían pronto si los *troperos* (compradores de hacienda) no estuvieran viajando continuamente por los países del Plata, comprando los mejores vacunos de entre la riqueza animal de esas zonas.

El transporte de un numeroso rebaño de vacunos no es para nada fácil. Los *gauchos* deben ser incansables dando vuelta en sus caballos alrededor del rebaño, para que no se pierdan en el camino cientos de esas cabezas. Una vez llegados a los lugares de pastoreo propio,



Südamerikanische Pampasbirten vor ihren Schaufungen.
Photographische Aufnahme.

angelangt, läßt man den Tieren Zeit, sich von dem weiten Marsch zu erholen, ehe man sie ihrer Bestimmung zuführt.

Die zum Schlachten ausgewählten Ochsen werden in große Umzäunungen getrieben. Wenn die Tiere hier gelöst sind, werden sie nach dem Schlachthaus gerollt. Mit staunenswerter Schnelligkeit geht dann die Enthäutung und Zerlegung vor sich. In 15 Minuten hängt das Fleisch in den großen Kühlhallen, von wo es nach 12—24 Stunden in die Extraktfässer gelangt. Vorher

wird es von Knochen, Sehnen und Fett befreit und in den Hackmaschinen zerkleinert. Das Hackfleisch kommt mit dem gleichen Gewicht an Wasser in die 6—7000 Liter fassenden Kochpfannen, von dort in die aufeisernen Klärpfannen und zuletzt in die ungeheuren Vakuumapparate, die täglich 500 000 Liter Fleischbrühe zu konzentrieren vermögen. Der fertige Extrakt wird dann zum Schluß zu je einem Zentner in Blechkisten gepreßt.



Auf dem Trockenplatz: Wie die Rinderhäute gereinigt und getrocknet werden.
Photographische Aufnahme.

/1796/ se da tiempo a los animales para descansar antes de llevarlos a su destino final.

Los vacunos escogidos para la faena se llevan a grandes corrales. Luego de ser carneados en este lugar, se los lleva en carro al matadero. Allí se cuerean y se cortan en presas con admirable rapidez. En un lapso de 15 minutos la carne se encuentra colgada en los grandes recintos frescos, desde donde llega a la cocina de extracto luego de 12 a 24 horas. Primero se la libera de huesos, venas y grasa y se desmenuza en picadoras. La carne picada se pone con la misma proporción de agua en las ollas que contienen de 6 a 7.000 litros, de allá se la pasa a la ollas de clarificación y finalmente a los inmensos concentradores en los que se logra por día concentrar 500.000 litros de extracto de carne. El extracto cuando está listo se empaqueta por quintales en cajas de latón.

Vida y actividades en las Llanuras y los saladeros de Sudamérica¹⁴

En noviembre, cuando el cielo [europeo] se cubre de nubes azules y la naturaleza se viste con su traje de invierno en su circuito siempre cambiante del devenir y del perecer, festeja su resurrección en las llanuras del Plata, que se extienden desde las orillas del Océano Atlántico hasta los Andes, se expanden en el sur hasta las estepas pedregosas de la Patagonia y son limitadas en el norte por los bosques de palmeras del Brasil. Tal como yace extendida esta amplia llanura, presenta al ojo el fascinante aspecto de un mar, cuyas olas aparecen congeladas, cuyos límites se pierden en el aire gris azulado del más lejano horizonte y se destacan en reflejos ocasionales numerosos espejismos maravillosos. Se reflejan los pastos como bosques de gran extensión, un solitario rancho se ve como un palacio suntuoso, con altas murallas, torres erguidas y almenas y unos pocos vacunos u ovinos se convierten en un gran hervidero de personas y animales. Un maravilloso no sé qué se extiende a través de la melancólica uniformidad del paisaje, algo poético, que agita el alma con un temblor sagrado, de modo que, movidos por un anhelo de la lejanía informe, imposible de expresar, quisiéramos correr en un caballo ligero, igual que el *gaucho* que agita su *lazo*, en pos de los maravillosos espejismos que se reflejan por doquier en las capas de aire.

El paisaje se muestra atractivo como una novia cuando en primavera, en el momento de desarrollo de las más frondosas plantas, se adornan con el nuevo verde los bosques, uniformes, verdes y tenebrosos, las orillas de los ríos y la tierra estéril. Es cuando la infinita llanura se desarrolla ante nuestra vista como un incomparable tapiz de pastos en el que se han tejido las más diversas flores de colores magníficos. Los pastos forman la parte más importante de la flora de la *pampa*, pero crecen en ella como en trozos de césped separados, cual si fueran arbustos, entre los que van creciendo las multiformes plantas y yuyos que abren sus flores en todos los colores y formas imaginables. Saludamos entre ellos a numerosos hijos de la flora europea, que han llegado allí por voluntad propia y que en muchos lugares incluso han desplazado la vegetación autóctona, ante todo en el entorno de poblaciones. Solo en las orillas de los ríos se ven sauces, aromos y otros arbustos, mientras que las *pampas* mismas solo tienen muy escasos árboles, de modo que hay gran carencia de madera.

En estas estepas uniformes un interesante mundo animal conforma el elemento móvil, en especial durante la primavera. Avestruces jóvenes –los *ñandús* pichones del verano anterior– salen flaquitos de sus escondites entre los altos juncos para pastar igual que ellos entre los rebaños de vacunos, y manadas de los pequeños ciervos de la *pampa* se juntan con ellos. El tejedor cuelga su nido parecido a una bolsa en las puntas de ramas a

¹⁴ Subtítulo “Con ilustraciones de Karl Oenike”. Trad. Regula Rohland. Se publicó sin nombrar el autor del texto, en *Illustrierte Zeitung* 102/2658 (9/6/1894): 623-627 con el título “*Leben und Treiben auf den Steppen und in den Saladeros Südamerikas. Mit Illustrationen von Karl Oenike*”.

las que nadie llega, que se extienden sobre el agua; cardenales amarillos y grises con sus cabecitas coloradas, la viudita, blanca como la nieve, varios tipos de gorriones, innumerables tordos y la *calandria*, el ruiseñor sudamericano –un pájaro gris, nada vistoso, igual que su tocayo en Europa– se hacen notar por su canto y su actividad hacendosa.

Aunque esta zona inmensa, que tiene seis veces el tamaño del *Reich* alemán, está habitada por ahora por apenas 5 millones de personas, el carácter del paisaje ha sido cambiado totalmente por los europeos, en parte por plantar sus especies de cultivo, en parte porque se arraigaron muchas hierbas malas, pero especialmente por haber introducido nuestros animales domésticos, que pronto se multiplicaron tanto, que tuvieron que hacerse silvestres porque la fuerza del hombre ya no alcanzaba para mantenerlos en estado doméstico. En estado semisalvaje los vacunos quedan reunidos en rebaños de hasta mil cabezas por *gauchos* a caballo, en *estancias* separadas por varias millas. Los *gauchos* son progenie de los primeros aventureros y piratas españoles y se destacan por ser bravos e indómitos, por su valor, fuerza y destreza. El caballo es su inseparable compañero, el *poncho* sin mangas su vestimenta, espuelas vistosas grandes y pesadas y un buen recado constituyen su alegría y su orgullo.

No existe la crianza de animales en el sentido europeo, ya que faltan en los campos los pastos tiernos y el trébol [alfalfa] y porque al ganado le falta el cuidado necesario y la atención, especialmente en invierno (julio y agosto), al carecer de un techo y de pienso. ¿Cómo podrían edificarse techos que los protejan y juntar pienso para el invierno, siendo tan cara la madera y tan lerdos los habitantes?

Pero el ganado agotado por el invierno se recupera bastante rápido en primavera, en los campos renovados. Entonces el dueño respira aliviado pues ahora le llegó el momento de la faena y ya espera ansioso al *tropero*, el comerciante en ganados de los estados del Plata. Siendo simples hijos de la naturaleza, estos *troperos* se distinguen por su habilidad social, su prudencia y su fidelidad. Al comienzo de la temporada de faena el *tropero*, en tanto caballero consumado, va a apersonarse ante el *saladerista*, vestido en su traje negro con reloj y cadena dorada. Aquí en sociedad sabe moverse con destreza y propiedad. Sus gestos y movimientos denotan gracia innata, su manera de expresarse es agradable y afable. Una vez que ha recibido la orden y las instrucciones, se prepara para un largo viaje por la pampa. A los caballos les da forraje especial (por día varios puños de granos de maíz), los limpia y los cepilla y arregla sus tientos.

Acompañado por su peón de confianza nada más, ahora el *tropero* se pone en camino. Pero no lo hace correr al galope veloz como el salvaje *gaucho*. Anda cauteloso, se acuerda de todo, observando con detención los pastos de cada una de las *estancias*. Ve que el vecino Pérez ha quemado mucha extensión del campo, que su propiedad está sobrecargada de animales y que por ello no hay mucha esperanza de poderle comprar animales gordos antes de Año Nuevo. Por otro lado, el vecino Francisco posee poca agua, su campo es alto, los pastos son duros. Y don Jacinto piensa venderle cien vacunos porque necesita dinero, pero los animales son de compleción poco vistosa, han sufrido mucho de las garrapatas y

tienen poca carne. Pero de Don Fermín dicen que tiene hermosos animales, porque el año pasado no ha podido vender. Se originó disputa en la entrega y el negocio se deshizo. Se dirige directamente a lo de Don Fermín, 20 leguas de camino y el sol es fuerte en diciembre. Cambia caballos dos veces, el *mate* es todo lo que lo refresca en la extensa cabalgata. Ya se está poniendo el sol cuando finalmente llega a la *estancia* que está sobre una colina. Pero le espera una decepción: su colega y competencia Bianqui ha llegado media hora antes y ya ha concluido el negocio. Qué momento de desazón, ha perdido *la flor del departamento*, su rival festeja su triunfo. Los cueros gruesos y fuertes se le han perdido a nuestro *tropero*, ¡qué desgracia! De pésimo humor abandona enseguida la *estancia*. Pasando más allá, a la orilla del arroyo se levanta en la noche una pequeña fogata, en una ollita ennegrecida se cocina una parca comida, finalmente, empero, el cansancio vence a nuestro *tropero* y... mañana es otro día.

Al alba se encamina hacia lo de Olivares, cuya mujer Ignacia es su madre y es amiga. Los animales de Olivares llevan una muy conocida marca de hierro y son igual de conocidos como la marca de sus caballos. Con él, nuestro *tropero* tendrá suerte. Está pagando 14 pesos bolivianos por cada ternero de tres años, 18 por algunos animales especiales pesados y 10 por vacas para faena. Pero el *tropero* es astuto. Doña Ignacia es una gran fumadora, le lleva seis cigarros auténticos Upmann, lo mejor que ha podido hallar. Ha pagado un dólar por cada uno. Los ojos de Ignacia brillan, su marido no sabe nada de esto. Él recibe una botella de la más fina ginebra, que es su preferida. El negocio entonces no se prolonga más. Upmann y la ginebra han hecho su efecto, se cierra el pacto. Con la destreza de un negociante inglés extrae él su chequera con talonario y extiende el cheque.

Una vez apartados los animales, el *tropero* se encamina ahora hacia el *saladero*. A la cabeza, antes de los vacunos, se pone en marcha un grupo de bueyes que direccionan. Les siguen los mil animales semisalvajes, a los que mantienen juntos media docena de *gauchos* que los rodean a caballo. Se marcha de día y de noche, [los hombres] no alcanzan casi a devorar de vez en cuando un trozo de carne semicocida y a tomar el *mate*, mientras que se abrevan los animales. Cada momento de desatención es peligroso: un pájaro que levanta vuelo, un ruido inesperado podrían dispersar la tropa totalmente, y en la tierra no hay poder alguno que pudiera retener a los asustados vacunos. Es horrible cuando se desata una tormenta, cuando relámpagos luminosos iluminan la negra noche y bajan con estruendo a la tierra. Ya no hay entonces quién pueda parar a los animales que tiritan por el susto. Así como la ola alzada tira abajo todo al romperse y vuelca todo, así los animales corren sin control, arrastrando consigo a caballos y jinetes que caen y vuelcan. A la mañana siguiente, animales con el cuello quebrado señalan la dirección que tomaron en la noche desatada. 1.000 onzas de oro se han dispersado en todas direcciones. En la estancia vecina se cambian los caballos exhaustos por otros frescos. A los pocos *gauchos* que salvaron sanos sus huesos les ayudan otros en la búsqueda de los animales dispersos, y luego de tres días de arduo trabajo se volvió a reunir la mayor parte del ganado y se sigue viaje, lentamente pastando. Hay que pasar un río, y aquí vuelven a perderse algunos animales al aglomerarse en la fuerte

corriente. Se adelantan los confiables bueyes guía, los *gauchos* cubren los flancos y ayudan a los animales que están por hundirse. En este hervidero se destaca el coraje de los indómitos hijos de la *pampa*.

Después de una marcha de 8, 14 o 20 días finalmente se llega al *saladero* y el rebaño es llevado al firme cerco de los corrales que se parecen a los boma¹⁵ [en Sudáfrica]; de allí ya no hay escape posible.

Se entregan los jornales a los peones y ellos al poco tiempo gastan lo que han ganado. Regalan una parte de su dinero a las chinas de ojos negros y piel morena, se compran pañuelos de seda, rojos y azules, agua de lavanda, cigarrillos, una camisa y un *poncho*. Ya se esfumó el pequeño “haber” y con frecuencia quedará un importante “debe” en el libro del almacenero.

El *tropero* realiza su informe y el *saladerista* lo trata con mucha cortesía y atención. En muchos casos el porvenir del *saladero* depende de tener buenos *troperos*, en su falta de experiencia puede hallarse la causa del fracaso. Por esta causa los establecimientos grandes, tales como la empresa Kemmerich, que transforma por año a más de 100.000 vacunos en extracto y peptona¹⁶ de carne, emplean muy pocos de estos singulares hombres de confianza. Es que estos necesitan de larga experiencia para conocer las exigencias del establecimiento y conocer bien la zona y sus habitantes, ya que el radio de acción abarca varios cientos de leguas cuadradas en las que deben conocer bien los caminos, los cauces de agua y todas las casas y alambrados.

Por cierto, esta gente también gana de acuerdo a lo realizado. Pero lo que el *tropero* ganó con su duro trabajo durante la temporada –que no suele durar más de seis meses– vuelve a perderse de sus endurecidas manos en invierno. Es entonces el bonachón padre de familia, se ocupa de su mujer y los hijos y juguetea con sus sucios pibes. Compra caballos nuevos y vacas lecheras, hace arreglos en su rancho, lo techa de nuevo y le agrega un cuarto cuando la familia se agranda. Su mayor orgullo son los caballos, las espuelas de plata, los estribos y buenas armas, su alegría.

Después de 10 a 15 años de esta cansadora vida llena de peligros el *tropero* está gastado, a menos que entre tanto un *gaucho malo* lo haya asediado en las cañas. La vida siempre al aire libre, las duras condiciones del clima hacen que el *tropero* se vuelva pronto achacoso. Lo acosa el reumatismo, anda tosiendo y gasta en emplastes más que en naipes cuando era joven. Se le encarga entonces la administración de una *estancia*, en la que los animales comprados engordan con el buen pasto. Así los grandes mataderos mantienen una reserva de miles de vacunos. La Sociedad de Extracto de Carne Kemmerich posee siempre 75.000 vacunos que se preparan para la faena en campos de 80 leguas de extensión.

¹⁵ boma son corrales usados en el sud de África que protegen las poblaciones con palos hundidos en la tierra uno al lado del otro, parecidos en su estructura a los que se usan en el campo argentino.

¹⁶ La palabra “peptona” procede del griego *πεπτός*, cocido, digerido. Se trata de alimentos de absorción directa, sin ser procesados por el aparato digestivo.

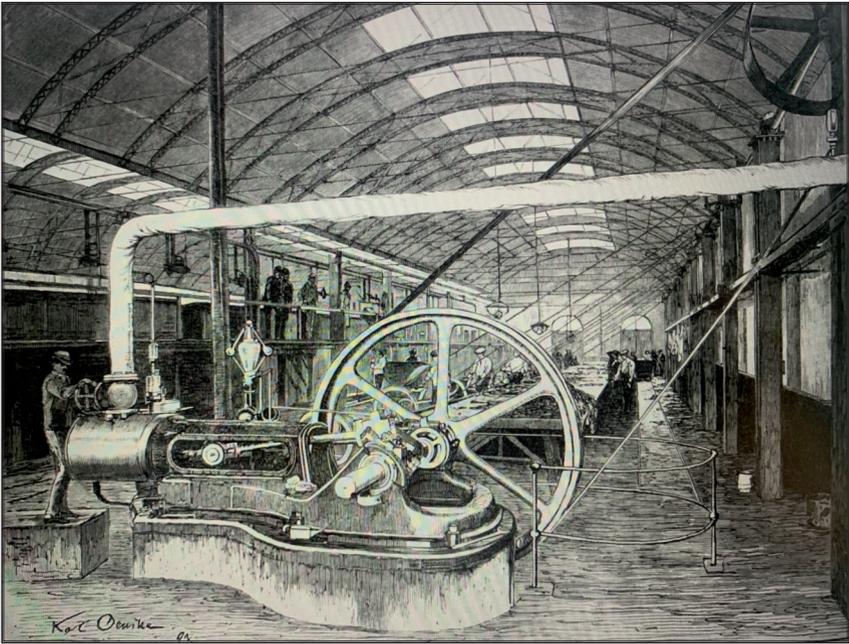
Hace unas pocas décadas los animales se faenaban solamente por el cuero. La carne no tenía mucho valor. Hoy se levantaron en los países del Plata una totalidad de 39 grandes mataderos, en los que por año se explotan dos millones de vacunos. La carne es tratada de varios modos diferentes antes de que llegue a ser exportada, ya que hasta hoy no se logró llevar desde allá al mercado europeo cantidades apreciables de carne fresca.

Echemos una mirada al *saladero* del establecimiento Kemmerich en Santa Elena, a orillas del Paraná. Los vacunos destinados a la faena son guiados por los bueyes con un guía en grupos de unas 50 cabezas a un corral menor, y allá un *gaucho*, parado en un pedestal alto con el lazo en mano, los atrapa uno por uno, echando con su mano hábil y siempre certera el lazo sobre los dos cuernos. Se aprieta una palanca de un torno a vapor, y al instante el animal se desliza sobre el piso, liso como un espejo y que siempre se mantiene resbaloso, de modo que los cuernos se arriman a un poderoso travesaño. En ese instante el *desnucador*, con su cuchillo ancho parecido a una daga, le atraviesa el meollo entre las vértebras superiores, y la muerte es instantánea y sin dolor. Todo el proceso no puede extenderse por más de 20 segundos, ya que se faenan entre 1000 y 1500 vacunos por día. En diez minutos el animal es descuerado y desmenuzado y los relucientes cuchillos ya han separado la carne de los huesos. Un tercio de la carne se lleva a la fábrica de extracto de carne. Allá en largas mesas se la separa de los ligamentos y se la corta en tiras finas, que van cayendo a máquinas picadoras construidas a propósito, los llamados molinos de carne, que desmenuzan al momento la carne para que quede una papilla suave. Ese puré se mezcla con agua fría en grandes calderas de hierro y se lo calienta con vapor hasta los 70° C. Las doce calderas juntas procesan 35.000 kilogramos de carne y el mismo volumen de agua. Se quita la grasa de la superficie de la sopa y luego el caldo se lleva al hervor mediante vapor, se le saca la espuma y por medio de una bomba a vapor se lo lleva a una pileta en altura, desde donde se la libera de espuma con prensas filtrantes y se la filtra. El último proceso de vaporización se realiza luego en las llamadas sartenes laminadas Giebert, de diseño curioso, en las que el caldo pronto se hace espeso como la miel y adquiere el perfume y el gusto apetitoso característico del extracto de carne. Luego el extracto se guarda en grandes tinas de hierro, se lo mezcla y se conserva en latas.

El fundador de la industria del extracto de carne fue el ingeniero Gottlieb Christian Giebert, que en 1864 dio forma práctica a la teoría de Liebig, del laboratorio de Múnich, inventando por su propio *motu* y con fuerza e incansable tenacidad toda la serie de máquinas y aparatos especiales que recién hizo posible la producción en masa del extracto de carne. Su progenie está trabajando en la Compañía Kemmerich en Santa Elena y San Javier en Argentina, en base a todos los progresos de la ciencia y técnica, tal como fue concebido por él.

Si bien al extracto de carne le faltan las proteínas de la carne, contiene sin embargo la cantidad suficiente de todas las sustancias que preparan y fortalecen la digestión, que estimulan la actividad de las glándulas y preparan el estómago para absorber otras sustancias, levantan rápido el pulso y aceleran las funciones del sistema nervioso. Por esto, desde hace milenios

instintivamente el hombre usa el caldo de carne y hará uso de él por todos los siglos. Donde no se puede conseguir carne fresca y en la buena cocina, que se ocupa de preparar racionalmente los platos cárnicos, el extracto de carne de Kemmerich es tan imprescindible hoy como el buen caldo de carne en el cuidado de los enfermos, que hace excelentes servicios como insuperable vivificador.



Saladero, del Artículo "...en los saladeros" (Oenike 1894: 627)

J. v. Liebig mismo confesó con franqueza poco frecuente las deficiencias del producto que lleva su nombre: "Si fuese posible –escribe– fabricar por un precio convenientemente bajo un producto de la carne que consevara las proteínas junto con las sustancias del extracto, este producto debería preferirse a mi extracto de carne, ya que contendría todas las partes nutritivas de la carne". Este problema ha sido resuelto recientemente, no fue un asunto fácil, ya que, como es sabido, las proteínas coagulan al calor y se hacen insolubles. Después de ensayos de muchos años finalmente el químico y fisiólogo Dr. Kemmerich –a quien también se le debe la formación y mejora del método y la técnica de obtener el extracto y la realización de un extracto de carne más fino, mejor, más sustancioso, más gustoso y más rendidor– logró disolver las sustancias de proteína de tal forma que el calor no las precipita más. En este proceso la proteína cambia de tal forma, que se la absorbe desde los órganos de digestión sin más y sin la ayuda de pepsina o ácido clorhídrico, y se integra al organismo. La forma totalmente soluble, el gran porcentaje (60 %) de albuminosas, el rico gusto y finalmente el agregado de las sustancias aromáticas y las sales nutritivas hacen que

la *peptona* cárnica de Kemmerich sea un excelente alimento para enfermos gástricos, convalecientes y para anémicos.

La carne vacuna destinada a la exportación hacia Europa se elabora en conservas de carnes, el llamado *Boiled beef*. La carne sin huesos y ligamentos se libera de sangre y espuma echando agua hirviendo, se le saca el agua, se la enlata y se le vierte caldo espesado. Luego las latas se sueldan y se calientan, el aire del interior sale por una pequeña apertura de la tapa, y después se suelda esta apertura. Recién entonces se realiza la conservación, calentando el producto con vapor. Después las latas se ponen en observación durante tres meses para eliminar latas defectuosas que se reconocen por hincharse como bolas. La carne está lista para el consumo, de buen gusto y muy barata. Debiera ser admitida mucho más en los estratos burgueses. De la misma forma se preparan las lenguas de vacunos, tan populares.

El volumen por lejos más grande de la carne se vende en forma de *tasajo* o *carne seca* al Brasil, Venezuela y La Habana. La carne seca se compone de fetas de carne del grosor de un dedo, de un metro cuadrado, que se cortan con mucho arte y luego se secan como secamos la ropa en armaduras de madera, durante 3 o 4 semanas. Luego la carne se amontona y pasa por un estado de fermentación por el que llega a oler y tener el gusto de jamón fresco. Preparada con los porotos negros del Brasil, esta carne forma una contundente comida nacional, parecida al *Erbswurst*¹⁷.

En otoño avanzado (en mayo), hacia el final de la temporada, la última de las tareas es la acumulación de la carne para el invierno. Al aire libre se amontonan, altos como una casa, bultos de carne fresca a la que se echa bastante sal. Arriba se le pone una capa de sal de un pie de grosor y se la cubre de paja. Se quema la paja y la ceniza junto con la sal forma una costra impermeable para el agua. Recién en primavera se accede a estos tesoros invernales, se los lava, los seca y se embarca por transportistas a Cuba.

Aunque no está totalmente resuelto el problema de proporcionar los enormes tesoros cárnicos de Sudamérica a la Europa Occidental y Central, pobre en animales, y de llevarlos a los precios más bajos posibles, la industria y la ciencia están continuamente ocupados en hacernos llegar desde lejos los productos de carne en forma de conservas, extracto y peptona cárnicos, y a la carne le corresponde el papel más importante en la alimentación racional del pueblo. A la alimentación de un pueblo corresponde su capacidad de rendimiento en la guerra y asimismo a todos los ámbitos del trabajo industrial. Por esta causa la cuestión del alimento de la población es una de las cuestiones clave de la economía popular y de la política social.

Además del negocio con cueros salados y secos, y de los productos de la industria de la carne, con el tiempo también se ha desarrollado un comercio floreciente y una importante industria con los productos colaterales de los grandes mataderos. La carne, que fue lavada para fabricar el extracto, es secada y se la muele para producir harina cárnica para alimento animal. Se le agregan sales nutritivas (fosfato de calcio) según el invento de Kemmerich en el Instituto Fisiológico de Bonn, que le da un alto valor nutritivo y

¹⁷ *Erbswurst* es una comida simple alemana a base de arvejas y tocino.

tuvo éxito como pienso intensivo. La sangre se transforma en abono para viticultura y flores, el comercio con trozos de pieles, ceniza de huesos, abono de huesos, cuernos, grasa, grasa comestible etc. aumenta de año en año su volumen, y pese a ello sigue perdiéndose mucho.

La temporada termina en mayo, cuando la carne de invierno está puesta a estacionar, y para los obreros y el personal de maestranza comienza un breve período de descanso. Tocando la guitarra y con bailes alegres, con el inevitable *mate* y con bebidas alcohólicas pasan junto a sus chinas las noches de luna o juegan en aislados ranchos algún juego de suertes, lo que pocas veces termina en paz. Se escucha en la callada noche una maldición, el áspero detonar de un revólver, un breve grito, y un hombre a caballo se pierde en la oscuridad a galope furioso. Un grupo de gente rodea a un muerto o malherido –víctima del juego o de los celos–.